



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

EVANGELINA.

POEMA DE H. W. LONGFELLOW,

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR D. JUAN DE IZAGUIRRE.

Fuera, en el atrio, esperaban las mujeres. Quedáronse entre las tumbas adornando con guirnaldas de hojas otoñales y frescas, siempre vivas de la selva, las lápidas mortuorias.

Después llegó un destacamento de los buques, que marchando arrogantemente por entre el concurso, penetró en el pórtico sagrado. Con fuerte y resonante estruendo repercutió el sonido de sus vajras en el techo y barbacana; repitieronlo un momento, y luego lentamente se cerró la maciza puerta, y silenciosa la multitud quedó á la voluntad de los militares. Entonces se adelantó su comandante y desde las gradas del altar, levantando la voz y mostrando entre sus manos la Cédula Real con sus sellos, dijo:

—Se os convoca hoy por orden de S. M. ¡Clemente y bondadosa ha sido, y cómo habéis respondido á su bondad, digamos vuestras corazones! Repugna á mi carácter y temperamento la tarea que

se me impone, que ha de seros bastante desagradable. Sin embargo, debo acatarla y obedecerla, haciéndoos saber la voluntad de nuestro monarca. Todas vuestras tierras, habitaciones y ganados quedau confiscados por la Corona, y vuestras personas serán trasportadas de esta provincia á otras tierras. Dios permita que podais vivir en ellas siempre como súbditos fieles, como pueblo feliz y pacífico! Ahora quedais prisioneros míos. ¡Tal es la voluntad del monarca!

Como cuando en la serena atmósfera de cálido solsticio de verano repentinamente se amontonan una tempestad, y la mortífera lluvia de granizo destruye los sembrados del labrador y azota sus ventanas, resultando el sol y esparciendo por el suelo la paja de sus techumbres, y huyen mugiendo los rebaños y quieren romper sus apriscos, así cayeron en los corazones de las gentes las palabras del comandante.



La Justicia.

Quedáronse al pronto silenciosos con mudo asombro, y después, alzando más y más doloridos é iracundos lamentos, corrieron locos hacia la puerta como movidos por un solo impulso. Vana fué toda esperanza de evasión; los gritos y las fieras imprecaciones resonaron en toda la santa casa; y por encima de las cabezas de todos, sobresaliendo con los brazos extendidos la figura de Basilio el herero, era como en mar embravecido, verga juguete de las olas. Encendido el rostro, y destigurado por la pasión, con salvaje energía exclamó:

— ¡Atajo los tiranos ingleses! ¡Nunca les hemos jurado lealtad! ¡Mueran esos soldados extranjeros que se apoderarán de nuestros hogares y de nuestras cosechas!

Mucho más hubiera dicho, á no ser porque la implacable mano de un soldado, pegándole en la boca, le derribó al suelo.

En medio de la lucha y el tumulto de la iracunda disputa, abriéndose de pronto la puerta del presbiterio, apareció el padre Feliciano con sereno continente, y subió las gradas del altar. Levantando su mano reverenda, con un gesto impuso silencio á aquella clamorosa multitud, y luego se dirigió á su grey. Profunda y solemne fué la entonación de sus palabras; habló con tristes y mesurados acentos, como tras el *alarma* de smatan se deja oír claramente el escape del reloj.

— ¿Qué es lo que hacéis, hijos míos? ¿Qué locura es la vuestra? Cuarenta años de mi vida he pasado entre vosotros, enseñándoos que no sólo con las palabras sino con los hechos también debéis amaros los unos á los otros! ¿Es éste el fruto de mis trabajos, de mis vigílias y oraciones? ¿Tan pronto habéis olvidado las lecciones de amor y perdón?

¿Esta es la casa del Señor de la Paz y queréis así profanarla con hechos violentos y corazones rebosando odio? ¡Ved cómo desde su cruz el Señor os contempla! ¡Mirad cuánta mansedumbre y santa compasión hay en aquellos tristes ojos! Escuchad como aún aquellos labios repiten: «¡Padre, padre, perdónalos!» Repitan esa misma súplica nosotros cuando el enemigo nos acometa; repítamola ahora y digamos: «¡Padre! ¡oh padre! perdónalos!»

Pocas fueron sus palabras de reproche, pero profundo su efecto en los corazones de su pueblo. Prostráronse; contritos sollozos sucedieron á la explosión iracunda, y repitieron su oración diciendo: «¡Padre! ¡oh padre! ¡perdónalos!»

Siguió á esto el oficio vespertino. Ardieron los cirios en el altar. Fervorosa y profunda fué la voz del sacerdote; el pueblo respondió no sólo con sus labios sino también con sus corazones, y al cantar el Ave Maria, cayendo de rodillas, sus almas, transportadas de piedad, se elevaron en el fervor de la oración como el profeta Elias al cielo.

Entre tanto, por la aldea habían corrido las fatídicas nuevas, y por todos lados andaban lamentándose de puerta en puerta las mujeres y los niños. Largo tiempo en la puerta de la casa de su padre estuvo Evangelina, defendiendo su vista con la mano derecha de los rayos oblicuos del sol, que al perderse ilu-

minaron la calle de la aldea con misterioso fulgor derando las techumbres de las casas y esmaltando sus ventanas. Largo tiempo estuvo puesta la mesa con el ávido mantel, con el pan de trigo y la fragante miel de flores silvestres y los jarros de cerveza y el fresco queso; y á la cabecera, el gran sillón de brazos del labrador. Aguardando estuvo Evangelina en la puerta de la casa de su padre, mientras el sol poniente extendió las dilatadas sombras de los árboles á lo largo de los prados llenos de ambrosía. ¡Ay! sombras más densas se habían difundido por lo interior de su espíritu, y de los campos de su alma ascendía fragancia celestial. ¡Caridad, mansedumbre, amor, esperanza, perdón y paciencia!.... Después, olvidando sus penas, lanzóse por la aldea animando con miradas y palabras los desconsolados corazones de las mujeres, que á lo largo de los oscuros campos con tardo paso se alejaban, aguijoneadas por sus cuidados caseros y retardadas por los causados piés de sus hijos.

Y hundióse el Gran Sol, y doradas vislumbres vaporosas velaron la luz de su faz, cual aconteció al profeta al descender del Sinai. Dulcemente por toda la aldea resonó la campana del *Angelus*.

En esto, ya de noche, Evangelina rondaba los alrededores de la iglesia. Todo era silencio dentro; en vano se paró en la puerta, y junto á las ventanas se detuvo, y escuchó y miró, hasta que dominada por la emoción, ¡Gabriel! exclamó con voz trémula; pero ni le dieron respuesta las tumbas de los muertos, ni la tumba, aún más lóbrega, de los vivos.

Por fin, tornóse lentamente á la casa desierta de su padre. Humaba el hogar; en la mesa estaba sin tocar la cena; el vacío y la soledad imperaban en todas las habitaciones; aterradoras fantasmas vagaban por doquier. Tristemente resonaban sus pisadas en la escalera y piso de su alcoba. En el silencio de la noche oyó el susurro de la lluvia cayendo con fuerza en las secas hojas del sicomoro de la ventana. Deslumbróla el vivido fulgor del relámpago, y la voz repentina del trueno le dijo que Dios estaba en el cielo y gobernaba el mundo que creó. Después recordó el cuento que había oído de la justicia celestial; se calmó su pecho atribulado, y tranquila durmióse hasta la mañana.

V.

Cuatro veces el sol había salido y postróse, y ahora en el quinto día, alegremente llamaba el gallo á las dormidas doncellas de la granja. Luego por los amarillos campos, en silenciosa y melancólica procecion, vinieron de los caseríos vecinos las mujeres acudientes, conduciendo en pesados carros sus ajuares á la orilla del mar, parándose y dirigiendo hacia atrás la mirada para contemplar una vez más sus propios hogares ántes de perderlos de vista en la revuelta del camino y la arboleda. Caminaban á sus lados sus niños aguijoneando á los bueyes y en sus manos llevando los restos de sus juguetes.

Así presurosos se dirigían á la descomodadura del Gasperan, y allí en la playa se amontonaban confusamente los utensilios caseros de los aldeanos. Todo el largo día estuvieron los botes cruzando entre la

costa y los buques; todo el largo día estuvieron llegando los carros cargados de la aldea.

Al oscurecer, próximo el sol á su ocaso, resonó á lo léjos por los campos el redoblar de tambores, desde el atrio de la iglesia. Acudieron en tropel las mujeres y los niños. De pronto las puertas de la iglesia se abrieron, y saliendo la guardia, en melancólica procesion marchó, acompañando á los cautivos, pero pacientes labradores de Acadia. Como peregrinos que se alejan de sus hogares y patria al són de una can-

cion, con cuyo canto olvidan el cansancio y desaliento, tal los labradores acadenses bajaron de la iglesia á la playa entre sus esposas é hijas. Rompian la marcha los jóvenes. Alzando á una sus voces, entonaron con trémulos labios un canto de las misiones católicas: «¡Sagrado Corazon del Salvador! ¡oh fuente inexhausta! ¡Llena nuestros corazones este día de fuerza y sumision y paciencia!» Los ancianos marchando, y las mujeres que á los lados del camino se encontraban, se unieron al salmo sagrado, y los pa-



Subió la escalera.

jaros al resplandor del sol, que, por encima de todos, á todos alumbraba, mezclaron sus notas como voces de espíritus ya libres de las ligaduras terrestres.

Á la mitad del camino de la playa aguardaba silenciosa Evangelina, no anonadada por el pesar, sino fuerte en la hora de la afliccion; aguardando con santa calma, hasta que llegó la procesion y contempló la cara de Gabriel, pálida de emocion. Llenáronse de lágrimas sus ojos, y ansiosa corriendo á su encuentro, enlazó sus manos con las de él, y doblando su cabeza sobre su hombro, susurró á su oido:

—¡Gabriel, valor, no te desanimas; porque si nos amamos, nada en verdad puede hacernos mal, sean cualesquiera los azares que sobrevengan!

Dijo estas palabras sonriendo, y luego de pronto se detuvo, pues vió á su padre que lentamente se acercaba. ¡Ay, qué otro era su aspecto! El carmin de su mejilla habia desaparecido, y tambien el fuego de sus ojos, y su pisada parecia más grave con el peso del acongojado corazon que en su pecho latia. Pero con una sonrisa y un suspiro enlazóse á su cuello, derramando palabras cariñosas, ya que las de consuelo no servian.

Hasta la desembocadura del Gaspereau continuó así la melancólica procesion. Allí surgió el desorden y el tumulto y el movimiento del embarque. Activamente cruzaban los botes cargados, y en la confusion, las esposas fueron separadas de sus maridos y

las madres, demasiado tarde ¡ay! vieron que sus hijos quedaban en tierra, tendiéndoles con locas súplicas sus brazos. De este modo buques distintos se llevaron á Gabriel y á Basilio, mientras que Evangelina se quedaba en tierra con su padre.

No había concluido la mitad de la faena cuando el sol se puso y el crepúsculo todo lo sumió en oscuridad, y apresurando su reflejo el Océano, se alejaba de la orilla dejando en la playa arenosa las huellas de la marca junto con resbaladizas algas marinas.

Mas atrás, entre los ajuaros domésticos y los carros, como aduar de gitanos ó campamento después de una batalla, con toda escape cortado por el mar y los centinelas en torno, yacian acampados los infelices aldeanos acudidos. Hasta lo más recóndito de sus antros se retiró el rugiente Océano arrastrando desde la playa los ruidosos guájaros, y dejando en seco bastante lejos varados los botes de los marineros.

Y entonces, cuando la noche lo cubrió todo, las vacas volvieron de sus pastos; dulce estaba la serena atmósfera y perfumada con el lácteo olor de sus ubres; por largo tiempo aguardaron junto á las bien conocidas verjas del corral inútilmente la voz y la mano de la lechera. El silencio reinaba en las calles; en la iglesia no resonó el toque del Angelus; no subió el humo de los tejados, y no resplandecieron las luces en las ventanas.

Pero en la playa, entre tanto habiáase encendido las fogatas nocturnas con el maderaje escapado á las arenas de los despojos naufragos de la tempestad. En derredor se agrupaban tétricos bultos y rostros melancólicos, oyéndose voces de mujeres y de hombres y llantos de los niños. De hoguera en hoguera, como de hogar en hogar en su parroquia, odivo el buen sacerdote consolando y bendiciendo, cual el naufrago Pablo en la desolada costa de Melita. Y así llegó hasta el lugar donde Evangelina se hallaba sentada con su padre, y al trémulo fulgor contempló la cara del anciano, macilenta y extenuada, sin pensamiento ni emoción, como la muestra de un reloj á quien le han quitado las manecillas. En vano trataba Evangelina, con sus palabras y caricias, de animarlo; en vano le ofreció aliento: ni se movía, ni hablaba, ni la miraba; con mirada vaga solo contemplaba fijamente la trémula luz de la hoguera.

— ¡Benedicite!... — murmuró el sacerdote en tono compasivo. — Mucho más hubiera querido decir, pero su corazón estaba lleno de duelo y sus palabras balbucientes se detuvieron en sus labios, como los pies de un niño en un umbral, á la vista de una penosa escena y ante la imponente presencia del dolor. Callado, pues, puso su mano sobre la cabeza de la doncella, levantando sus ojos hácia las estrellas silenciosas que sobre ellos brillaban en el espacio sin perturbarse por los infortunios y penas de los mortales. Después se sentó á su lado, y juntos lloraron en silencio.

De pronto, cual en otoño ensangrentada luna escapa los muros cristalinos del cielo, y como un titán extendiendo sus cien manos por el prado y la montaña cogiendo rocas y ríos y apilando sombras inmensas, así una grande luz surgió por la parte del Sud; brilló

más y más sobre los techos de la aldea y resplandeció en el cielo y en el mar y sobre los buques que estaban anclados en la rada. Abáronse columnas de rojizo humo, y por entre sus pliegues abriéronse paso destellos de llamas, y se ocultaron como las manos temblorosas del mártir. Luego, cogiendo el viento las brasas y la paja ardiendo de las techumbres de cien casas, y levantándolas y haciéndolas girar en el aire, con nuevo brío se desataron las fajas de humo, mezcladas con las lenguas de fuego. Contempló espantada la turba desde la playa y á bordo de los buques. Muda quedóse al pronto, mas después en alta voz dió rienda suelta á su pesar: « ¡Ya no veremos más nuestras casas de Gran-Pré! » Los gallos cocarearon en los corrales, creyendo que el día alboraba, y presto los mugidos del ganado, con la brisa nocturna, se pudieron oír mezclados con el ladrar seguillo de los perros.

Y entonces se alzó un ruido pavoroso, como el que despierta sobresaltado al campamento dormido en las praderas y selvas del Oeste que circundan al Nebraska, cuando los caballos desparvoridos huyen con la velocidad del torbellino, al ronco mugir de manada de búfalos que en confusa tropel se dirigen al río. Tal fué el ruido que se movió en medio de la noche, cuando los ganados y caballos, rompiendo cercas y apriscos, locos se lanzaron por los campos.

Aterrados por el espectáculo, y sin embargo mudos ante él, el sacerdote y la doncella contemplaban la horrible escena que se dilataba á su vista, y cuando por fin se volvieron para hablar á su silencioso compañero, éste se había caído de su asiento, y tendido en la playa aun largo era, yacía su cuerpo inmóvil, del cual el alma había volado. Levantó lentamente el sacerdote la exánime cabeza, y la doncella se arrojó á los pies de su padre y lamentó en altas voces su dolor. Luego cayó desmayada, quedando su cabeza sobre el pecho de él.

Toda la larga noche continuó su profundo sopor; cuando volvió en sí, vió una multitud en torno suyo. Caras de amigos, que melancólicamente contemplaban la suya, pálidas, con los ojos inundados de lágrimas y miradas de la más triste compasión. Aun el resplandor de la aldea incendiada iluminaba el paisaje, entenebreca el cielo y destellaba en los rostros que la circundaban; el día del juicio final pareció aquel cuadro á su imaginación fluctuante. En esto, una voz familiar oyó que decía al pueblo: « Enterrémosle aquí junto al mar. Cuando época más feliz nos vuelva á nuestros hogares desde el confin desconocido de nuestro destierro, deportaremos piadosamente sus sagradas cenizas en el atrio de la iglesia. » Tal dijo el sacerdote. Y allí, apresuradamente, junto al mar, al fulgor del incendio por cirios funerales, sin campana ni misal, enterraron al labrador de Gran-Pré. Cuando el sacerdote dijo sus respuestas, un inmenso plañido, como voz de un vasto concurso, solemnemente respondió desde el mar, mezclando su lamento á los cantos funerales. Era la marea que volvía por la inmensa extensión del Océano con el primer albor de la mañana, y llegaba tumultuosa y apresurada á la tierra.

Volvió á moverse el tumulto y el ruido del embarque, y con aquel refujo diéronse á la vela los buques, dejando en la bahía tras sí el cadáver en la playa y la aldea en escombros.

Luengos años habian trascurrido desde que ocurrió el incendio de Gran-Pré, desde que al refujo de la marea hicieron á la mar los buques, llevando con-

siguio un pueblo, con todos sus bienes, á un destierro, destierro sin fin y sin ejemplo en la historia. Separados entre sí, desembarcaron en distintas costas los acadienses, y fueron diseminados cual copos de nieve que el viento del Nordeste lanza oblicuamente por entre las nieblas que enlóbreguecen los bancos de Terranova. Sin amigos, sin hogar, sin esperanzas,



Fuera, en el atrio, esperaban las mujeres.

vagaron de poblacion en poblacion, desde los fríos lagos del Norte hasta las cálidas sabanas del Sur, desde las inclementes costas del mar hasta las tierras donde el Padre de las Aguas coge los cerros entre sus manos y los arrastra al Océano para dar sepultura en lo profundo de sus arenas á los diseminados huesos del Mammoth. Buscaron parientes, amigos y hogar; y muchos, descorazonados y desesperados, sólo pidieron á la tierra sepultura, sin cuidarse más de amigos ó de hogares. Su historia escrita en losas de piedra quedó en los cementerios.

Largo tiempo por entre ellos se vió vagar á una doncella, no falta de ánimo aunque manca de corazón, sufriendolo todo pacientísimamente. Hermosa y jóven era; pero ¡ay! ante ella, en el desolado é inmenso desierto de la vida estaba su sendero indicado con las tumbas de los que habian penado y sufrido ántes pasiones largo tiempo hacia extinguidas y esperanzas largo tiempo hacia muertas y abandonadas, como se marca en el desierto del Oeste el camino del emigrante con fogatas de acampamento há largo tiempo consumidas y huesos ya blanqueados por el sol.

Habia en su vida algo de incompleto, imperfecto é inacabado, como si una mañana de Junio con toda su música y sol resplandeciente se detuviera de pron-

to en el cielo, y marchitándose lentamente, otra vez al Oriente descendiese, de donde acababa de salir.

Á veces se detenía en las poblaciones, hasta que impulsada por la fiebre que la sostenía, impulsada por inquieto deseo, hambre y sed de su espíritu, volvía á comenzar su interminable pesquisa; otras veces, discurriendo por los cementerios y contemplando las cruces y lápidas mortuorias, se sentaba al pié de alguna tumba sin nombre, pensando que quizás en su seno descansaba ya él y ansiando dormirse á su lado.

Á veces un rumor, una palabra, un susurro inarticulado llegaba con su mano áerea llamándola é indicándole que siguiese adelante. Á veces hablaba con algunos que habían visto á su amado y le habían conocido, pero habia sido en algun sitio apartado, en algun lugar remoto ó olvidado.

—¿Gabriel Lajeunesse?—decian.—;Oh, sí! le hemos visto. Estaba con Basilio el herrero y ambos se habían ido á las Praderas; son corredores de bosques y famosos cazadores y tramperos.

(Se continuará.)

VIAJES EXTRAORDINARIOS LAUREADOS POR LA ACADEMIA FRANCESA.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO,

POR JULIO VERNE.

TRADUCCION DE ALFREDO GARCIA LOPEZ.

No es posible contemplar imposible el lugar en que uno ha nacido, y en donde ha sido uno cuidado por su madre.

Las fibras del corazón no pueden usarse tanto, que ni una sola vibre en presencia de tales recuerdos.

Nicolas Starkos entró y se detuvo ante la casa cuyos aleros medio podridos por la lluvia no se sostenían más que en unos trozos de herraje corroído.

En aquel momento una lechuza lanzó un grito y salió volando de un matorral de lentiscos que obstruía el dintel de la puerta.

Nicolas Starkos vaciló de nuevo. Sin embargo, estaba firmemente resuelto á ver hasta el último aposento de la casa, y le enojaba aquel malestar que sentía, muy parecido á los remordimientos de conciencia. Estaba conmovido, pero también estaba irritado. ¡ Parecía que de aquel hecho paterno iba á salir una protesta contra él, la maldición final!

Por eso, ántes de penetrar en la casa quiso dar una vuelta á su alrededor. La noche era oscurísima. Nadie le veía, y á él no se veía á sí mismo.

Quizá no hubiera ido en medio del día. En plena noche se encontraba con más valor para desafiar á sus recuerdos.

Allí estaba, pues, caminando con paso furtivo, semejante á un malhechor que tratára de reconocer las cerchas de una casa á la cual va á llevar la ruina, deslizándose á lo largo de las paredes agrietadas, volviendo las esquinas cuyas aristas desaparecían bajo el musgo, palpando con las manos aquellas piedras sacadas de su asiento, como para ver si aún quedaba un resto de vida en aquel cadáver de casa, escuchando, en fin, si el corazón le latía.

Por detrás aún estaba el cercado más oscuro. Los oblicuos resplandores de la luna en creciente que entonces desaparecía, no habrían podido llegar allí.

Nicolas Starkos dió la vuelta lentamente. La sombra morada se hallaba sumida en un silencio inquietante. Hubiérase dicho que en ella residían duendes ó fantasmas. Volvió á la fachada que miraba al Oeste, y luego se acercó á la puerta, dispuesto á empujarla, si no tenía más que un cerrojo, y á echarla por tierra si el pestillo estaba introducido en la cerradura.

En aquel momento una oleada de sangre le cegó los ojos. «Todo lo vió rojizo», como suele decirse, pero rojizo de color de fuego. No se atrevía á poner el pié en aquella casa que quería visitar. Parecíale que su padre y su madre iban á aparecer en el umbral con los brazos extendidos, maldiciéndole, al mal

hijo, al mal ciudadano, al traidor á la familia, al traidor á la patria.

En aquel instante se abrió la puerta lentamente, dando paso á una figura de mujer, vestida con traje de maniota, un zagalejo de algodón negro bordado con seda roja, una camisa de color oscuro sujeta á la cintura y en la cabeza un gorro pardusco rodeado de una tira de seda con los colores de la bandera griega.

El rostro de la mujer era enérgico y vigoroso, con grandes ojos de salvaje viveza, y piel curtida como la de las pescadoras del litoral. De estatura aventajada, y muy derecha, no aparentaba tener más que unos cuarenta años, aun cuando en realidad contase lo ménos sesenta.

Era Andrónika Starkos.

La madre y el hijo, separados de cuerpo y de alma durante mucho tiempo, hallábanse uno en frente de otro.

Nicolas Starkos no esperaba encontrarse en presencia de su madre.... Aquella aparición le llenó de espanto.

Andrónika, con el brazo extendido hacía su hijo le prohibió la entrada en la casa, sin decirle más que estas palabras, que por proceder de ella, eran terribles:

— ¡Nicolas Starkos no volverá á poner jamás la planta en la casa de su padre!.... ¡Jamás!

Y el hijo, abrumado por aquella orden, retrocedió poco á poco. La que le había llevado en sus entrañas le arrojaba entonces como se arroja á un infame. Quiso dar un paso adelante.... Un ademán más enérgico todavía, una maldición le detuvo.

Nicolas Starkos retrocedió más. En seguida salió del cercado, tomó la vereda del derrumbadero, bajando apresuradamente sin volver la cabeza, como si una mano invisible le empujase por la espalda.

Andrónika, inmóvil en el umbral de la puerta, le vió desaparecer entre las tinieblas de la noche.

Diez minutos despues, y repuesto de su emoción, Nicolas Starkos, que ya era dueño de sí mismo, llegaba al puerto y se embarcaba en su gig. Los diez hombres escogidos por Gozzo ya estaban á bordo de la sacoleva.

Sin pronunciar una sola palabra, subió Nicolas Starkos al puente de la *Koryssa*, y con una seña dió orden de aparejar.

La maniobra se efectuó rápidamente, pues no hubo más sino izar las velas preparadas para zarpar en

un momento. El viento de tierra que acababa de levantarse hacia más fácil la salida.

Al cabo de cinco minutos la *Karysta* salvaba los pasos con seguridad, silenciosamente, sin que hubieran dado un grito los tripulantes ni las gentes de Vitylo.

Apénas se hubo la sacoleva separado á distancia

de una milla, cuando de pronto iluminó una llama la cumbre del derrumbadero.

Era que la casa de Andrónika ardía hasta los cielos. La mano de la madre había prendido el fuego. No quería que quedase ni un solo vestigio de la casa donde nació su hijo.

Durante un trayecto de más de tres millas, el cu-



Abromado por aquella orden retrocedió poco á poco.

pitan no pudo apartar su mirada de aquella hoguera que brillaba en la tierra del Magno, siguiéndola en la sombra hasta su último destello.

Andrónika le había dicho:

— ¡Nicolas Starkos no volverá á poner jamás la planta en la casa de su padre!.... ¡Jamás!

III.

GRIEGOS CONTRA TURCOS.

En los tiempos prehistóricos, cuando la corteza sólida del globo se amoldaba poco á poco bajo la acción de las fuerzas interiores, neptunianas ó plutónicas, Grecia debió su origen á un cataclismo que empujó

aquel extremo de tierra hasta hacerlo subir por cima del nivel de las aguas, á la vez que absorbía en el archipiélago toda una parte del continente, del cual no quedan más que las cumbres en forma de islas. Así es que Grecia se halla en la línea volcánica que va de Chipre á Toscana (1).

Esa inestabilidad del suelo es causa de que los helenos tengan ese instinto de agitación física y moral que puede conducirles hasta el heroísmo. También es indudable que, gracias á sus naturales cualidades, valor indomable, sentimientos de patriotismo y amor

(1) Desde aquella época, la isla de Santorino ha sido víctima del fuego subterráneo. Vostitla en 1661, Tebas en 1661 y San Mauro, han sido destruidas por los terremotos.

á la libertad, han llegado á constituir un Estado independiente de aquellas provincias doblegadas desde hace tantos siglos bajo el peso de la dominacion otomana.

Pelásgica en los tiempos más remotos, es decir, habitada por tribus de Asia; helénica desde el siglo xvi hasta el xiv ántes de la era cristiana con la apa-

ricion de los helenos, una tribu de los cuales la de los Grietas debia darle su nombre en aquellos dias casi mitológicos de los Argonautas, de los Heraclidas y de la guerra de Troya; completamente griega, en fin, desde Licurgo, con Mileciades, Temistocles, Aristides, Leónidas, Esquilo, Sófoeles, Aristófanes, Herodoto, Tucídides, Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristó-



La casa de Andronika arde hasta los cimientos.

teles, Hipócrates, Fidias, Pericles, Alcibiades, Pelópidas, Epaminondas y Demóstenes; macedónica luego con Filipo y Alejandro, Grecia acabó por convertirse en provincia romana con el nombre de Acaya, ciento cuarenta y seis años ántes de J. C., y durante un período de cuatro siglos.

Desde entónces, sucesivamente invadida por los visigodos, los vándalos, los ostrogodos, los búlgaros, los slavos, los árabes, los normandos, los sicilianos, conquistada por los cruzados al comenzar el siglo xiii, dividida en gran número de feudos en el xv, este país tan castigado en la antigua y en la moderna edad, cayó en la abyeccion en manos de los turcos y bajo el yugo musulman.

Por espacio de unos doscientos años puede decirse que la vida política de Grecia quedó completamente extinguida. El despotismo de los funcionarios otomanos que representaban allí la autoridad, excedia todos los límites de lo creible. Los griegos no eran aueccionados, ni conquistados, ni siquiera vencidos; eran esclavos sujetos al baston del pacha, con el *iman*, sacerdote, á su derecha, y el *djellah*, verdugo, á su izquierda.

Pero en aquel país abandonado que agonizaba, no habia desaparecido la existencia, y volvió á palpar bajo el exceso del dolor. Los montenegrinos del Epiro en 1766, los maniotas en 1769, los suliotas de Albania se sublevaron, por fin, proclamando su inde-

pendencia; mas en 1804, todas aquellas tentativas de rebelion quedaron completamente ahogadas por Ali de Tabela, pachá de Janina.

Si las potencias europeas no querian presenciar el total aniquilamiento de Grecia, se hacía necesario intervenir; pues reducida á sus propias fuerzas no tardaria en desaparecer al intentar la conquista de su independencia.

En 1821, Ali de Tabela, sublevado á su vez contra el sultan Mahmud, acababa de llamar á los griegos para que le ayudasen prometiéndoles la libertad en cambio. Los simpatizadores con Grecia acudieron á su auxilio desde todos los puntos de Europa. Italianos, polacos, alemanes, y sobre todo franceses, corrieron á alistarse contra los opresores. Los nombres de Guy de Saint-Hélène, de Gaillard, de Chauvassigné, de los capitanes Balest y Jourdain, del coronel Fabvier, del jefe de escuadron Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, del general Maison, á los que se debe añadir los de tres ingleses, lord Cochrane, lord Byron y el coronel Hastings, han dejado un recuerdo indeleble en aquel país, por cuya libertad pelearon y murieron.

A estos nombres ilustres, por todo lo que el sacrificio en favor de la causa de los oprimidos puede engrandrar en lo heroico, Grecia contestó con nombres de sus encumbradas familias, tres Hidriotas, Tombasis, Tsamados, Miaulis, luego Colocotroni, Marco Botsaris, Maurocordato, Mauromicchalis, Constantino Canaris, Negris, Constantino y Demetrio Hyspanlis, Ulyses, y tantos otros. La sublevacion se trocó desde el principio en una guerra sin cuartel, ojo por ojo, diente por diente, que provocó por ambas partes las más horribles represalias.

En 1821, los subletoas y el Magno se sublevan. En Patras, el obispo Germanos con la cruz alzada lanza el primer grito. Morea, Moldavia y el archipiélago, se apilan bajo el estandarte de la independencia. Los helenos, victoriosos en el mar, consiguen apoderarse de Tripolitza. A estos primeros triunfos de los griegos responden los turcos con el degüello de todos sus compatriotas que estaban en Constantinopla.

En 1822 Ali de Tabela, sitiado en su fortaleza de Janina, es cobardemente asesinado en una conferencia que le habia propuesto el general turco Karschid. Poco tiempo despues Maurocordato y los amigos de Grecia, vencidos en la batalla de Arta; pero recobran ventajas en el primer sitio de Missolonghi, obligando al ejército de Omer Urione á levantar el bloqueo, no sin pérdidas considerables.

En 1823 las potencias extranjeras comienzan á intervenir con mayor eficaacia. Proponen al sultan una mediacion. El sultan la rechaza, y para apoyar su negativa desembarca diez mil soldados asiáticos en Eubea. En seguida entrega el mando como jefe del ejército turco á su vasallo Mehmet Ali, pachá de Egipto. En las luchas de este año sucumbió Marco Botsaris, aquel patriota del cual puede decirse: «Vivió como Aristides y murió como Leónidas.»

En 1824, época de grandes reveses para la causa de la independencia, lord Byron desembarcó el 24 de Enero en Missolonghi, y el dia de Pascua naufragó, cerca

de Lepanto, sin ver realizados sus sueños. Los iperriotas eran degollados por los turcos y la ciudad de Cardia, en Creta, se entregaba á los soldados de Mehmet-Ali. Únicamente las victorias maritimas pudieron consolar á los griegos de tantos desastros.

En 1825, Ibrahim-Pachá, hijo de Mehmet-Ali, desembarca en Modon, Morea, con once mil hombres. Se apodera de Navarino y derrota á Colocotroni en Tripolitza. Entonces fué cuando el Gobierno helénico entregó un cuerpo de tropas regulares á dos franceses, Fabvier y Regnaud de Saint-Jean-d'Angely; pero antes de que aquellas fuerzas se encontrasen en disposicion de resistir á Ibrahim-Pachá, éste devastaba la Mesenia y el Magno, y si abandonó las operaciones fué para ir á tomar parte en el sitio de Missolonghi, de la cual no podia apoderarse el general Kintagi á pesar de haberle dicho el Sultan: «Ó Missolonghi á tu cabeza.»

En 1826, el 5 de Enero, despues de haber incendiado á Pyrgos, llegaba Ibrahim á Missolonghi. Durante tres dias, desde el 25 al 28, arrojó sobre la ciudad ocho mil balas y granadas, sin poder entrar en ella despues de tres asaltos, por más que no tenía que habérselas sino con mil quinientos combatientes debilitados por el hambre. Sin embargo, el triunfo era para el núcleo más en cuanto Miaulis y su escuadra, que llevaban socorros á los sitiados, fueron puestos en fuga. El 23 de Abril, despues de un sitio que habia costado la vida á mil novecientos de sus defensores, Missolonghi cayó en poder de Ibrahim, y sus soldados acuchillaron hombres, mujeres y niños, casi todos los que sobrevivian de los nueve mil habitantes de la ciudad. En aquel mismo año los turcos, al mando de Kintagi, despues de saquear la Fócida y la Beocia, hugaron á Tebas el 10 de Julio, entraban en el Atica, embestian á Atenas, estableciéndose en ella y sitiando al Acrópolis, defendido por quinientos griegos. Para socorrer á la ciudadela, llave de toda Grecia, el nuevo Gobierno envió á Caraiscukia, uno de los combatientes de Missolonghi, y al coronel Fabvier con su cuerpo regular. Éstos perdieron la batalla de Chaidari, y Kintagi pudo continuar el asedio del Acrópolis. Entre tanto Caraiscukia se internaba por los desfiladeros del Parnaso, derrotaba á los turcos en Arachova el 5 de Diciembre, y en el campo del combate levantaba un trofeo de trescientas cabezas cortadas. La Grecia del Norte habia recobrado su libertad casi por completo.

Desgraciadamente, mientras duraban estas luchas el archipiélago estaba entregado á las incursiones de los piratas más temibles que han recorrido aquellos mares. Entre ellos se citaba como uno de los más sanguinarios, y el más atrevido quizás, el pirata Sacratif, cuyo solo nombre producía espanto en las escuelas de Levante.

Siete meses antes de la época en que da principio esta historia, los turcos se habian visto obligados á refugiarse en algunas de las plazas fuertes de la Grecia septentrional. En el mes de Febrero de 1827, los griegos reconquistaron su independencia hasta los confines del Atica. El pabellon turco no ondeaba más que en Missolonghi, en Vonitsa y en Naupacta. El 31

de Marzo, gracias á la intervencion de lord Cochrane, los griegos del Norte y los griegos del Peloponeso renunciaron á sus luchas intestinas y reunieron á los representantes de la nacion en Asamblea única en Trezona, á fin de concentrar los poderes en una sola mano, la de un extranjero, diplomático ruso, griego de nacimiento, Capo d'Istria, oriundo de Corfu.

Pero Atenas estaba en poder de los turcos. Su ciudadela habia capitulado el 5 de Junio. La Grecia del Norte no tuvo entonces otro remedio sino someterse. El 6 de Julio, Francia, Inglaterra, Rusia y Austria firmaban un convenio que reconocia la existencia de una nacion griega, admitiendo, sin embargo, el dominio evidente de la Puerta. Ademas, por un artículo secreto las potencias firmantes se comprometian á unirse contra el Sultan si se negaba á aceptar un arreglo pacífico.

Tales son los hechos generales de aquella sangrienta lucha, que el lector debe conservar en la memoria, pues se relacionan muy directamente con nuestra narracion.

Hé aquí ahora los hechos particulares con los que están más ligados los personajes ya conocidos y los que faltan por conocer en esta dramática historia.

Entre los primeros es preciso citar á Andronika, la viuda del patriota Starkos.

Aquella guerra para conquistar la independencia de su país no tan sólo produjo héroes, sino heroínas, cuyo nombre va gloriosamente unido á los sucesos de la época.

Así vemos aparecer el nombre de Bobolina, nacida en una isleta á la entrada del golfo de Nauplia. En 1812 su marido cayó prisionero, y conducido á Constantinopla, murió empalado por orden del Sultan. El primer grito de guerra por la independencia estaba lanzado. Bobolina, con sus propios recursos equipó y armó en 1821 tres barcos, y, segun dice M. H. Belle, ateniéndose al relato de un viejo klefta, despues de enarbolar su pabellon, que lleva este lema de las mujeres espartanas: «Ú encina ó debajo», recorrió el litoral hasta el Asia Menor apresando é incendiando los buques turcos con la intrepidez de un Tsamadós ó de un Canaris; luego, despues de abandonar generosamente la propiedad de sus barcos al nuevo Gobierno, asiste al sitio de Tripolitza, organizó en torno de Nauplia un bloqueo que dura catorce meses y obliga á la ciudadela á rendirse. Aquella mujer, cuya vida es una verdadera leyenda, murió asesinada por su hermano á causa de una ligera cuestion de familia.

Otra gran figura se halla en el mismo rango que está valiente hydriota. Los mismos hechos producen iguales consecuencias. Una orden del Sultan manda que sea extrañugulado en Constantinopla el padre de Modena Mavrocenis, mujer de singular belleza y de elevada alcurnia. Modena se lanza también á la insurreccion, subleva á los habitantes de Mycona, arma barcos, organiza guerrillas que dirige, detiene al ejército de Selim-Pachá en el fondo de las angostas gargantas del Pelion, y se señala brillantemente hasta el fin de la guerra, hostigando á los turcos en los desfiladeros de las montañas de Fticiada.

También hay que hacer mención de Kavlos, que destruye por medio de minas los muros de Villa y que se bate con indomable denudedo en el monasterio de Santa Veneranda; Moskos, su madre, que lucha al lado de su esposo apalstando á los turcos con enormes trozos de roca; Despo, que para no caer en manos de los musulmanes, prendió fuego á un barril de pólvora sobre el cual se habia sentado con sus hijos y sus nietos. Y las mujeres sulistas; y las que protegieron al nuevo Gobierno instalado en Salamina, y aquella Constanca Zacarias, que despues de haber lanzado la señal del levantamiento en las llanuras de Laconia, se dirigió contra Leondari á la cabeza de quinientos aldeanos, y tantas otras, en fin, cuya generosa sangre no se economizó en aquella guerra, durante la cual pudo verse de lo que eran capaces las descendientes de los helenos.

Lo mismo habia hecho la viuda de Starkos. Con el nombre de Andronika—pues no quiso usar el que su hijo deshonraba—se dejó arrastrar en el movimiento por un irresistible instinto de represalia y por amor á la independencia.

De igual modo que Bobolina, que Modena, que Zacarias, y aun cuando no pudo armar buques ni sostener compañías de voluntarios, entregó su vida en aras de la patria.

En 1821 se unió Andronika á los maniotas que Colocotroni, condenado á muerte y refugiado en las islas Jónicas, llevó consigo, hasta que el 18 de Enero de aquel año desembarcó en Scardania. La heroína tomó parte en la primera batalla campal dada en Tesalia cuando Colocotroni atacó á los habitantes de Fanari y á los de Caritena, renidos á los turcos en las orillas del Rufia. También se halló en el combate de Valtetsio, en 17 de Mayo, que fué causa de la derrota de Mustafá bey. Más señaladamente aún se distinguió en el sitio de Tripolitza, donde los espartanos llamaban á los turcos *persas cobardes* y donde los turcos injuriaban á los griegos diciéndoles *miserables liebres de Laconia*. Pero aquella vez pudieron más las liebres. El 5 de Octubre la capital del Peloponeso, cuyo bloqueo no pudo levantar la escuadra turca, se vió obligada á capitular, y no obstante el convenio estipulado, fué entregada á las llamas y pasados sus moradores á cuchillo por espacio de tres días; hecatombe horrible en la que perecieron diez mil otomanos sin distincion de sexos ni edades.

El 4 de Marzo del año siguiente, embargada Andronika á las órdenes del almirante Miaulis, vió huir á los buques turcos despues de un combate de cinco horas y buscar refugio en el puerto de Zanto. Pero en uno de los buques reconoció á su hijo que servia en clase de piloto en la escuadra otomana de crucero en el golfo de Patras.... Aquel día, abrumada bajo el peso de tanta vergüenza, se lanzó á lo más ardiente de la lucha para buscar la muerte.... La muerte no la escogió para victima suya.

Y, sin embargo, Nicolás Starkos debia ir más lejos en aquella senda criminal. Algunas semanas despues se unia á Kara-Ali que bombardeaba la ciudad de Scio en la isla del mismo nombre, y tomó una parte

muy activa en aquellas matanzas espantosas en que perecieron veintitres mil cristianos, sin contar cuarenta y siete mil que fueron vendidos como esclavos en los mercados de Smyrna. Además, uno de los barcos que trasportó á los desgraciados estaba mandado por el mismo hijo de Andrónika, y un griego que vendía á sus hermanos!

En el período siguiente, cuando los helenos tenían que habérselas con los ejércitos combinados de los turcos y de los egipcios, Andrónika no dejó ni por un instante de imitar á las heroínas cuyos nombres hemos citado más arriba.

Época lamentable, sobre todo para Moresa, Ibrahim acababa de lanzar contra ella sus feroces árabes, más feroces que los otomanos. Andrónika se contaba entre los cuatro mil combatientes que Colocotroni, nombrado general en jefe de las tropas del Peloponeso, había podido reunir en torno suyo. Pero Ibrahim, después de haber desembarcado once mil hombres en la costa de Mesenia, se ocupó en levantar el bloqueo de Coron y Patras; luego se apoderó de Navarino, cuya ciudadela destinaba á base de sus operaciones, y cuyo puerto servía de abrigo á su escuadra. En seguida incendió á Argos y á Tripolizza, con lo que pudo llevar á cabo sus saqueos en las provincias cercanas. Mesenia fué la más castigada en aquellas devastaciones. Por todo esto tuvo Andrónika que huir en varias ocasiones al interior del Magno, para no caer en manos de los árabes. La valerosa mujer no descansaba ni un instante. ¿Se puede descansar en una tierra oprimida? Más tarde se la encuentra en las campañas de 1825 y 1826, en el combate de los desfiladeros de Verga, después del cual retrocedió Ibrahim hacia Polyaravos, donde los marinos del Norte consiguieron rechazarle una vez más. Luego se reunió á las fuerzas regulares del coronel Fabvier, en la batalla de Chaidari, en el mes de Julio de 1826. Herida gravemente, pudo salvarse de caer en manos de los feroces soldados de Kiutagi, gracias al valor de un joven francés.

La vida de Andrónika estuvo en peligro durante muchos meses. Su robusta constitución pudo más que la enfermedad, pero al fin del año 1826 no tenía aún bastante fuerza para volver á tomar parte en la lucha.

En Agosto de 1827 regresó á las provincias del Magno. Quería ver su casa de Vityla. La casualidad llevó allí á su hijo en el mismo día.... Ya se conoce el resultado de la entrevista de Andrónika y Nicolás Starkos, así como la maldición que le arrojó de los umbrales de la casa paterna.

No habiendo ya nada que la detuviese en su país natal, Andrónika se dispuso á combatir hasta que Grecia no fuera independiente por completo.

Así estaban las cosas el 10 de Marzo de 1827 en el momento en que la viuda de Starkos emprendía de nuevo los caminos del Magno para unirse á los griegos del Peloponeso, que disputaban palma á palma su terreno á los soldados de Ibrahim.

IV.

TRINTE MORADA DE UN RICO.

En tanto que la *Karysta* se dirigía hacia el Norte con un destino solamente conocido para su capitán, ocurría en Corfú un suceso que, á pesar de ser de carácter privado, debía atraer la atención pública hacia los principales personajes de esta historia.

Sabido es que desde 1815, á consecuencia de los tratados que llevan aquella fecha, el grupo de las islas Jónicas se hallaba bajo el protectorado de Inglaterra, después de haber aceptado el de Francia, hasta 1814 (1).

De todo aquel grupo que comprende á Cérigo, Zanto, Itaca, Cefalonia, Lencada, Paxos y Corfú, esta última, la más septentrional, es también la más importante. Es la antigua Corcyra. Una isla de la cual fué rey Alcinoos, el generoso huésped de Jason y de Medea, que más tarde albergó al prudente Ulyses después de la guerra de Troya, tiene derecho á ocupar un puesto preferente en la historia antigua. En lucha constante con los franceses, los búlgaros, los sarrazenos, los napolitanos; saqueada por Barbaroja en el siglo XVI; protegida en el XVIII por el conde de Schullenburg, y defendida al terminar el primer imperio por el general Doncelet, era entonces residencia de un alto comisario inglés.

Este alto comisario se llamaba sir Frederik Adam, gobernador de las islas Jónicas. En previsión de las eventualidades que podía provocar la huida de los griegos y de los turcos, tenía siempre á sus órdenes algunas fragatas destinadas á la vigilancia de los mares, pues era necesario nada ménos que buques de alto bordo para mantener el orden en aquel archipiélago, entregado á los griegos, á los turcos, á los portadores de patentes de corso, sin hablar de los piratas, cuya única misión consistía en robar á su antojo las embarcaciones de todas nacionalidades.

Había entonces en Corfú cierto número de extranjeros, y especialmente de los que habían acudido en los tres ó cuatro años anteriores por las diversas fases de la guerra de la independencia. En Corfú se embarcaban unos para reunirse á los combatientes. Á Corfú iban á instalarse otros á quienes las grandes fatigas pasadas imponían reposo por algún tiempo.

Entre estos últimos conviene mencionar á un joven francés. Apasionado por aquella noble causa, había tomado una parte activa y muy gloriosa en los principales acontecimientos de que fué teatro la península helénica durante cinco años.

(1) Desde 1864 las islas Jónicas han recobrado su independencia, y divididas en tres monarquías, están anexionadas al reino helénico.

(Se continuará.)

AVENTURAS DE UN PILLUELO DE PARÍS EN OCEANÍA,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCIA LOPEZ.

El paquete de tabaco fué hábilmente lanzado.

Cayó afortunadamente al lado de la cabeza del marinero, quien lo cogió con los dientes, se lo colocó sobre el pecho, y haciendo esfuerzos sobrehumanos lo desató, y se llenó la boca de tabaco, que se puso á masticar con verdadera satisfacción.

—Esto sí que es bueno, un verdadero regalo. Cuanto siento que tú no tengas también. Soy un bestia, no puedo, aunque quisiera, enviarte la mitad.

—Me considero dichoso tan sólo con ese pequeño consuelo que has encontrado en tus sufrimientos — respondió el parisiense. — Lo que yo necesito, sobre todo, es aire, aire puro y fresco. Si nuestra prisión continúa, no sé lo que sucederá. Estoy como si me fuera á estallar la cabeza.

—No digas tonterías.... calma y firmeza. No estamos en situación á propósito para sufrir un ataque de calentura. ¿Me comprendes?

Dos días más pasaron en tan desesperante monotonía, y Pierre le Gall empezaba á tener serias inquietudes acerca de la salud de su amigo, cuando el capitán en persona penetró en el camarote.

—Me figuro — dijo sin preámbulo alguno — que se aburren ustedes bastante aquí.

—Bastante; ¿y usted? — respondió irónicamente el breton.

—Tan sólo de ustedes depende el salir. Voy derecho al asunto. No tengo tiempo que perder, y además detesto los discursos; el tiempo es oro.

—¿Qué debemos hacer? — preguntó Pierre.

—Voy á decirlo — añadió el americano, dirigiéndose á Friquet; — ¿que vais á vender los cien chinos? los necesito.

El jóven, preso de una fuerte calentura, parecía no haber entendido bien lo que había oído.

—El acta de venta se redactará en francés y en inglés, y una vez de acuerdo, ustedes la firmarán.

Pierre le Gall y Friquet estaban inmóviles cual estatuas de mármol.

—Desgraciadamente — continuó el americano — mis fondos no me permiten hoy por hoy pagarlos á buen precio. Además, los chinos hoy día están baratos. Además, quiero jugar á la baja. Mil dollars para los dos, me parece bastante.

—Cinco mil cuatrocientos veinte francos en moneda francesa — articuló fríamente el breton.

—Sí — respondió el capitán. — Os dejaré en un punto de la costa Australiana, no lejos de Sidney, desde donde os será fácil llegar á los establecimientos comerciales, en donde os podréis dar tono con vuestra fortuna, producto de la venta.

—¿De modo que en vez de ir á Sumatra vamos á la Australia?

—Sí.

—Si el trato que nos proponéis no nos conviniera.... — contestó Friquet pálido, apretando los dientes y haciendo supremos esfuerzos para contener su indignación.

—Tendría el sentimiento de dejaros sin comer ni beber, hasta que con el ayuno os hubierais vuelto más amables.

—Es usted un soberano pillito.

—Cada uno hace los negocios á su manera. Esa reflexión es inútil. El tiempo es oro. No he visto charlatanes como los franceses. ¿Qué respondeis?

—Si mi postura prometiese algun movimiento, mi contestación sería escuipiros á la cara.

—Vámonos, jovenzuelo, sois demasiado vivo de genio. Afortunadamente, no soy susceptible. Podría arrojaros al mar; pero con eso no tendría el contrato firmado, y necesito absolutamente que el citado contrato de venta se firme — terminó recalcando estas frases con acento frío y amenazador. — Dentro de dos días volveré. El ayuno, al cual voy á someteros, modificará seguramente vuestras ideas.

Dicho esto, salió.

—Y pensar que pillos del calibre de ese cocodrilo tienen el mando de un buque. Á eso le llaman marino, á eso le llaman capitán. Hasta los malayos, piratas de profesion, se avergonzarían. Amigo, los negocios se agravan.

—Al contrario, creo que mejoran.

—¿Cómo! ¿Te has vuelto loco? ¿Has perdido la brújula?

—No tengas miedo, tenemos delante de nosotros una situación perfectamente definida.

—Ya lo creo, morirnos de hambre dentro de un plazo más ó menos largo. La cuestión queda reducida á horas más ó menos.

—Pierre, amigo mío, tú, un hombre listo, pierdes tan fácilmente la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque no ves que ese hallenato no sabe qué hacer con nuestros chinos. Lo de ménos es quedarse con ellos. La gran cuestión es venderlos. Del contrato hecho á nuestro nombre por las autoridades españolas y portuguesas, se han hecho tres copias. La una ha quedado en el gobierno de Macao, la segunda la tiene ese maldito pirata y la tercera está en nuestro poder. Así, pues, no puede hacer nada sin una cesión en debida forma, á ménos de tratar de entenderse con los funcionarios ingleses. Y es cosa ya subida que no son fáciles de conquistar para empresas de

esa indole los funcionarios del Reino Unido. Necesitan un certificado de origen emanado de las autoridades, y en caso de cesión de los poseedores, una acta perfectamente auténtica, so pena de que el pirata vea su barco embargado, é ir al paraíso de los convictos á fabricar estopa. Supondrás que si hubiera podido hacer otra cosa, no nos hubiera pedido permiso para arrojarnos al mar. Dejarnos morir de hambre y sed ó asesinarnos, no le producirá ningún beneficio. No podría abordar en Australia, puesto que el punto de destino es Sumatra.

— ¿Sabes, amigo, que tratas los asuntos con verdadero talento?

— ¿Oyes?

— ¿Qué?

— El ruido de la hélice. Marchamos á todo vapor.

— ¿Qué diablo habrá ocasionado este cambio?

— Quizá, nada. El viento habrá cesado ó será contrario, y el americano no querrá perder tiempo.

Este suceso, tan sencillo en la apariencia, debía, sin embargo, acarrear á los dos franceses consecuencias de gravedad suma.

Vamos lo que habia pasado desde que estaban presos.

El *Lao-Tseu*, con todas sus velas y con esa despreocupacion de los americanos que no han querido comprender nunca que una de las cualidades indispensables á un marino es la prudencia, habia tomado el camino ordinario que siguen los buques para ir de Macao á Sidney.

Este camino consiste en dirigirse al Noroeste hasta la vista de Luzon, en las islas Filipinas, pasar por Puerto Balinao, situado en la punta Oeste de la isla, atravesar el canal que separa Luzon de Mindora, pasar á la vista de las islas Panay y atravesar de Norte á Sur el mar de Mindora. Pasar al lado de la punta Oeste de Mindanao. El barco debe entonces seguir la direccion Este-Sur, doblar la isla Giblo, pasar el 130° meridiano de longitud Este en su punto de insercion con la tercera paralela Norte y atravesar el Ecuador á la vista de las islas de los Anacoretas. Despues de haber doblado el grupo de la Nueva Irlanda y el archipiélago Salomon, cuyas islas recuerdan los tiempos gloriosos en que d'Entrecasteaux, Bougainville y La Perouse eran dignos émulos de Cook y Byron, despues de dejar atras la isla de San Cristóbal, última situada á 167° de longitud Este y 10° de latitud Sur, se dirige oblicuamente al Sud-Oeste para llegar á Sidney, cuya longitud es 148°30 Oeste y la latitud 35°56 Sur.

El camino forma, por consiguiente, una esc: un extremo se apoya en Macao, el centro atraviesa una parte de Malasia y de la Melanesia, y el otro extremo termina en Sidney.

Este camino, el más largo, pero el más seguro, ofrece una extension de 9.000 kilómetros, ó sea, sobre poco más ó ménos, la distancia de Saint-Nezaire á Panamá.

La mitad próximamente del trayecto se habia efectuado con una felicidad digna de mejor causa. El *Lao-Tseu*, empujado por el viento, que con frecuencia reina en aquellos lejanos países, llegó al grupo

de las islas Kmies ó de los Anacoretas, con una velocidad que variaba de siete á ocho millas por hora; pero de pronto reinó completa calma, precisamente al atravesar la línea ecuatorial.

El capitán, teniendo inmovilizarse mucho tiempo en aquellos sitios, hizo encender con presteza los hornillos de la máquina.

Queriendo por una parte economizar combustible y por otra los alimentos de los pasajeros, decidió tomar el camino más corto, dirigiéndose directamente al Sur. Su plan era pasar por delante de las islas del Almirantazgo, atravesar el estrecho de Dampier, pasar por la isla Well, doblar el archipiélago de las Luisianas y dirigirse á Sidney sin dar el gran rodeo del otro camino.

El citado proyecto era verdaderamente peligroso, y un navegante entendido hubiera dudado antes de emprenderlo, no haciéndolo en su último caso más que con infinitas precauciones. Nuestro americano, por el contrario, tan sólo esperó á que la máquina tuviera presión para lanzarse en la expedición, cual si se hubiese tratado de una simple travesía del Atlántico.

Sin preocuparse casi de las rocas que llenan aquellos parajes; sin titubear cuando el mapa no indicaba algun escollo, hacía arrojar sólo como mera fórmula la sonda, y marchaba como si tratase de alcanzar á algun competidor en uno de los ríos gigantes de los Estados-Unidos.

Eta descabellada maniobra no podia durar indefinidamente. Despues de haber conseguido atravesar el estrecho de Dampier se dirigió hacia el grupo de las islas Lusanay; pero de pronto el barco chocó con una roca á flor de agua. Un grito inmenso de horror fué dado por los desgraciados encerrados en el entrepuente del navio, cuya quilla sonó lúgubremente.

Sea que el golpe dado por la roca fuera sólo lateral, sea que una capa de agua se hubiera interpuesto entre la quilla del barco y la punta de la roca, el barco no pudo maniobrar, se levantó bruscamente, anduvo un poco, pero se paró.

El capitán mandó en seguida bajar dos hombres que hicieran constar que la falsa quilla habia sido arrancaá, pero que los bordes parecían estar intactos. En definitiva, como no se declaró ninguna vía de agua, el americano encontró todo perfectamente bien y mandó emprender la marcha.

Pero el *Lao-Tseu*, á pesar de eso, continuó inmóvil. El terrible choque contra la roca habia, sin duda, asignado alguna grave averia en la máquina, y estaba fuera de duda que pasaria bastante tiempo antes de que el barco pudiera hacer uso del vapor. En aquel momento se levantó una ligera brisa, que el capitán decidió aprovechar. Se izaron las velas y se continuó el camino, mientras el fogonero y sus ayudantes exploraban la máquina para apreciar los daños causados. La exploracion fué corta y fácil; el árbol de transmision se habia doblado. El *Lao-Tseu* se habia convertido en un buque de vela, en perjuicio de sus pasajeros y tripulantes.

El buen tiempo habia terminado, y todo debió por lo tanto, ir de mal en peor. La brisa refrescó y

tornó la intensidad de una borrasca. Se cubrió el cielo, fué imposible tomar la dirección exacta, debiendo marchar por aproximación, cosa fácil para equivocarse.

Habían pasado doce horas escasamente desde el desgraciado accidente de la máquina. El *Lao-Tseu*, á pesar de la fuerza de la borrasca, pudo conservar casi todas las velas. Pero el capitán quería ganar tiempo. ¡El tiempo es oro! El barco navegaba con la velocidad de un cetáceo, cuando de pronto, por la parte de delante y entre el ruido de la borrasca, se oyeron esos característicos ruidos producidos por el chocar de las olas contra las rocas.

—¡Virar!—gritó el capitán, que se hallaba de pie sobre el puente.

El equipaje se apresuró á efectuar la maniobra, de que dependía la salvación de todos. Un segundo de duda, el menor error en la ejecución de lo mandado, y el buque estaba perdido.

Merced á la maniobra, hábilmente llevada á cabo, el barco empezaba á virar cuando una fuerte ráfaga lo cogió de costado. Fué llevado como por una corriente irresistible en dirección al escollo, cuya masa formaba un medio círculo rodeado de espuma.

El capitán mandó echar las anclas. Precaución inútil. El barco se estrelló contra el escollo, arrojado por el viento y la corriente.

Todo había terminado. Se oyó un crujido formidable. El *Lao-Tseu* cayó sobre el escollo; millares de agudos puntos rompieron el casco y lo dejaron inmóvil. El capitán vió que todo estaba perdido. Llamó, sin perder un instante, á todos los marineros blancos, que eran siete; llamó al segundo, al fogonero; hizo botar al mar la chalupa grande, en la cual fueron depositados con celeridad suma provisiones, agua, algunos instrumentos de navegación, armas y los papeles y dinero de á bordo.

Previendo que el *Lao-Tseu* resistiría poco, que tarde ó temprano una ola le haría trozos y dispersaría los restos, el miserable, sin pensar ni un instante en organizar el salvamento de los desgraciados que daban gritos desesperados en la caba del buque, se apresuró á abandonar el primero su buque, olvidando todos los deberes del capitán.

Los marineros bengalíes, malayos y negros iban y venían como locos sobre cubierta, la que ofrecía un espectáculo espantoso. Querían justar á su jefe, tratando de botar al mar todas las lanchas de á bordo.

Mientras tanto la chalupa se deslizó poco á poco y se encontró flotando en plena mar.

Los gritos desgarradores que se oían del interior del buque cesaron de pronto. Sólo se oía, en medio del estruendo de las olas, los gritos de los marineros negros sobre cubierta.

¿Se hallan quizá ahogado los trescientos chinos, amontonados en la caba del buque, al encontrarse invadidos por las olas? Sin embargo, antes de retirarse habían dejado el navio casi á seco, colocado sobre el escollo.

La precipitación en la huida de los blancos parecía indicar temor á otros peligros quizás peores que los elementos. Por otra parte, el abandono de un cargu-

mento representando una importante suma, se acomodaba mal con la avaricia del capitán. Pero el pilló y sus cómplices sabían perfectamente que los chinos, aniquilados por los sufrimientos, embrutecidos por el encierro, se convierten en seres feroces cuando la disciplina de á bordo no pesa sobre ellos. ¡Cuántas tripulaciones no han sido destrozadas por los emigrantes sublevados, á pesar de las precauciones de no sacarlos al aire sino en grupos de cincuenta, atados unos á otros y custodiados por marineros armados hasta los dientes!

En definitiva, la muerte de los chinos importaba muy poco á aquel pilló; en cuanto al buque, había tenido la precaución de asegurarlo, así como el cargamento.

Sus temores se vieron bien pronto confirmados.

En el momento en que el capitán tomaba asiento en la chalupa, una parte de la cubierta del buque volaba en mil pedazos, como empujada por la explosión terrible de una mina.

Del hueco que se formó salió en forma de verdadero torbellino una multitud de seres lividos, de taces verdosas, medio asfixiados; pero, sin embargo, terribles, á pesar de su debilidad individual, compensada con ventaja con la fuerza que da el número.

Vacilantes, medio ciegos por la claridad, poco seguros en su marcha por tener los miembros entumecidos después de un encierro de tan larga duración, corrían, sin embargo, empujándose unos á otros, mezclándose con los marineros, asustados en vista de tan brutal invasión.

Los primeros que cayeron en las manos de aquellos seres furiosos dejaron de existir á los pocos instantes.

La sangre corría en abundancia, mezclada con despojos de seres humanos.

Ninguna de las lanchas estaba en disposición de ser arrojada al mar.

En aquel momento apercibieron á la chalupa en que se hallaban el capitán y sus compañeros.

Unos cincuenta chinos se arrojaron al mar con dos objetos: hacer pagar á su verdugo los sufrimientos de los que habían sido víctimas, y además apoderarse de la chalupa.

Los yankees no eran hombres que se rindieran fácilmente. Recibieron con una lluvia de balas á los chinos, y armados de sables y hachas empezaron á esgrimirlos contra los enemigos á medida que se acercaban á la embarcación.

En vista del mal éxito, los chinos volvieron al *Lao-Tseu*, mientras la chalupa se alejaba con celeridad.

Después, sin inquietarse de los peligros que les amenazaban, completamente borrachos por decirlo así, se esparcieron por todo el buque, rompiendo y saqueando todo, impulsados por un deseo de venganza, y acabaron por no dejar nada entero en el barco que los había servido de prisión.

Mientras tanto, Triquet y Pierre le Gall continuaban en su camarote.

El capitán no había pensado en ellos.

LA VIUDA,

NOVELA DE OCTAVIO FEUILLET, DE LA ACADEMIA FRANCESA.

TRADUCCION DE ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

En el momento que entró, la señora de La Pave, sin responder al saludo profundo del comandante, se encaminó directamente hacia él, y murmurando una vaga exclamación gutural, le tendió la mano. Mauricio la estrechó fuertemente y se inclinó de nuevo. Ella le indicó un asiento, sacándose al mismo tiempo, y poniéndole un velo sobre un velador, la cabeza apoyada contra su mano.

— Contádmelo todo — dijo.

Monsieur de Fremeuse comenzó entonces con voz grave y dulce la relación de la jornada en que Roberto fué mortalmente herido. Entró en algunos pormenores relativos al combate de Origny, para levantar mejor la conducta heroica y el fin glorioso de su amigo. Luego refirió aquella hora de la noche en la que el teniente Julian vino á buscarle á toda prisa de parte de Roberto. Describió á la jóven viuda, que le escuchaba con la mirada fija y llena de ansiedad, su entrada en la grande chaya cubierta de nieve, y la escena fúnebre que allí le esperaba. En algunos instantes se interrumpió para reforzar su voz que se turbaba; otras veces también procuraba abreviar su relato para evitar á la jóven viuda emociones inútiles; pero ella insistía con una palabra breve é imperiosa para que no le dejase ignorar ninguna circunstancia de aquella noche dolorosa. Llegó al fin á las recomendaciones suplicas que Roberto le había dirigido, encargándole, ante todo, entregar á la que había amado tanto algunos recuerdos de su último pensamiento. Monsieur de Fremeuse en este instante asió de una mesa un cofrecito de ébano que había depositado al entrar, y le puso en manos de la viuda. Madame de La Pave vaciló algunos segundos, y después abrió el cobre, y entonces tuvo bajo sus ojos las tristes reliquias del muerto: un reloj, su cruz, algunos objetos de familia, un rizo de cabellos negros y un pedazo de lienzo manchado de sangre.

La jóven, imposible hasta entonces, dijo á media voz:

— ¡Pobre amigo, pobre muchacho!

Al mismo tiempo prorumpió en violentos sollozos, puso los codos sobre el velador y lloró convulsivamente; sus lágrimas filtraban como un manantial por entre los dedos de sus blancas manos.

Monsieur de Fremeuse la contemplaba con una mirada humilde. En medio de su simpática turbación, sentía un extraño tormento de espíritu; todavía no había terminado su mensaje; no había cumplido más que la parte ménos difícil, y cómo decir á esta viuda, sumergida en el llanto lo que restaba que decir? Si esta jóven — tan adorada y tan generosamente tratada — le hubiese dejado ver en este ins-

tante una sombra de ligereza ó de indiferencia respecto al muerto, habría tenido una especie de satisfacción en revelarle como un castigo y como una expiación la órden suprema de su marido. Pero en presencia de esta expresión de dolor, delante de este duro sincero y de esta piedad fiel del recuerdo, ¿cómo significarle de repente una declaración que, bajo su forma más dulce, le parecía aún la más inmerecida injuria? ¿No era esto arriesgarse á entibiar ó á extinguir para siempre los sentimientos mismos que su marido había querido eternizar?

De estas rápidas reflexiones dedujo Mauricio, no sin grande apariencia de razon, que era á un mismo tiempo sabio y juicioso aplazar para otra entrevista la parte más delicada de su encargo y dejar respirar á Mme. de La Pave.

Cuando la vió un tanto repuesta, se levantó y se despidió respetuosamente.

— Gracias, caballero — dijo la viuda brevemente, estrechándole la mano. — Volveré, ¿no es verdad? Y Mauricio se retiró.

IV.

Regresó á su casa natal lleno de amarga tristeza, á su mansión, flanqueada por dos torrecillas puntiagudas que llamaban el país de Priorato. Encontró á su madre haciendo punto de media febrilmente bajo un tilo de su jardín.

— ¿Y bien? — dijo la madre en el momento que se aproximó; — ¿qué tal?... Traes el aspecto conser-

nado. — Lo estoy verdaderamente, madre mía. Yo había esperado desenbrazarme de una vez para siempre del peso que me agobia el alma hace tanto tiempo, y le digo que le soporto ahora casi entero.

Le refirió entonces la escena que acababa de suceder y los escrúpulos que le habían detenida en medio de su comunicación. Puede creerse que la señora de Fremeuse aprobó plenamente estos escrúpulos.

— Ya lo ves, mi querido hijo — le dijo; — mientras más lo piensas más reconocerás que se te presenta un caso de conciencia, por lo ménos muy dudoso.... Mira, ¿quieres que lo consultemos con mi cura, que es un hombre muy ilustrado y muy recto?

— Pero, madre querida — dijo Mauricio — ¿quién no reirá?... Yo no tengo necesidad de consultar nada á vuestro cura.... Si yo he podido titubear respecto á la cuestión de oportunidad, estoy perfectamente fijo acerca de mi deber, que es tan claro como la luz.... y vos os apesadumbaríais si yo faltase á este cumplimiento.... y tendríais un pesar y un recordamiento toda vuestra vida, aun cuando me viérais el

dichoso propietario de la bella Mariana y de las mil quinientas hectáreas que la cercan.

Mme. de Fremouse, al verse adivinada, hizo un movimiento de admiración y miró a su hijo de una manera algo confusa; luego, tomando su resolución,

—Pues bien, sí—dijo—no quiero ocultarlo; ese es mi sueño dorado. ¿Podía yo prever las extravagancias póstumas del desgraciado Roberto? Yo había puesto a mi buen cura en mi confianza, y si es menester decirlo todo, juzgaba la cosa extremadamente posible y conveniente.

—¡Ah, madre mía!—dijo el joven viudo—vos queríais hacerme consultar con el cura, y lo llevabais en vuestro bolsillo: eso no está bien. Pero venidme: ¿tan cuando las voluntades de Roberto no hubiesen puesto un impedimento decisivo al cumplimiento de vuestros sueños, ¿cómo podríais suponer, mi pobre querida mamá, que yo hubiera podido ser nunca un partido aceptable para Mme. de La Pave? Poseo más de trescientos mil francos de renta y nosotros tenemos veinticinco ó treinta.

—Treinta y dos, hijo mío. Y te diré, además, que tratándose de casamiento, un hombre que tiene treinta mil francos de renta, un hombre acreditado, que es guapo y que tiene una brillante carrera, puede honrosamente solicitar todo. Yo deseo con todo mi corazón, hijo mío—añadió con un poco de mal humor—que encuentres una ocasión semejante... y una mujer parecida. En fin, es una Vénus.

—Yo amo más a mi madre; ¿qué placer! Yo quiero más a mi madre—dijo alegremente el joven, besando los blancos cabellos de la anciana señora.

—¡Dios mío, qué tanto eres!—dijo devolviéndolo tiernamente su beso.

Mientras que Mme. de Fremouse interrogaba a su hijo acerca de las impresiones que había traído de su primera entrevista con Mme. de La Pave, la señora de Combalen no se manifestaba ni menos ansiosa sobre las impresiones de su sobrina. Tenía igualmente sus razones para observar atentamente desde su principio las relaciones de Mauricio con la joven viuda. La señora de Combalen era una mujer alta, delgada, ricamente ataviada, con una nariz aguilona y cejas de tal manera negras y pobladas, que parecían postizas. Era todo lo que le quedaba de una belleza que muchos de sus contemporáneos habían admirado desde muy cerca, según decían. Pero había llegado a ser muy rígida con el andar del tiempo: consagro todo el fruto de su pasión a su hijo único, al cual había mimado horriblemente, y quien, en cambio, le daba todos los sinsabores que ella podía esperar. Este hijo, Gerardo de Combalen, era á la sazón un gallardo mozo de veintisiete años; no era enteramente malo, pues tenía el instinto del compañerismo, pero sus compañías no eran las más irreprochables. Su madre, para sacarle de los malos vares, de los bastidores de teatros y de la taberna, deseaba violentamente casarlo: tuvo en algun tiempo la veleidad de casarlo con Mariana de Epinoy, su prima, de la que ella era tutora; pero la fortuna de Mariana, muy inferior entonces á la de Gerardo, le había parecido un obstáculo decisivo para su unión. Las cosas habían cambiado mucho. Ma-

riona, heredera de M. de La Pave, llegó á ser ya para Gerardo un partido magnífico: discretamente sondeado sobre el asunto, el joven se dejó seducir por los millones de su bella prima, millones que le habrían permitido satisfacer con holgura sus gustos por la gran vida del *sport*. En suma, este casamiento era, desde la muerte de Roberto, la idea fija y dominante de la señora de Combalen, y se comprende desde luego que vigilase con un cuidado sombrio el terreno de caza que se había reservado. Sin tener la mínima del águila, como tenía la nariz, entrevió vagamente desde un principio las pretensiones rivales de Mme. de Fremouse; creyó notir en las conversaciones de la vieja condesa con Mme. de La Pave una insistencia particular en bisonjer y en detallar los méritos de su hijo, en recordarle la amistad extraordinaria que le unía con Roberto y en colocarle dulcemente en el lugar como el heredero presunto de su amigo. La vieja se inquietaba poco de esta concurrencia, conociendo desde mucho tiempo los sentimientos de animosidad apasionada que su sobrina alimentaba contra M. de Fremouse y se complacía en suscitárselas. Pero al fin la entrada en escena del joven comandante en persona fué una circunstancia que le agitó un poco.

Desde que supo que Mauricio se había ausentado del castillo, buscó á Mme. de La Pave en el salon: la vió llorando todavía; atóbas llegaron juntas un instante, y después Mme. de Combalen, para distraerla, preguntó cómo había encontrado á M. de Fremouse.

—No lo sé, querida tía—dijo la joven viuda—porque apenas le he conocido... Yo pensaba en otra cosa más bien que en mirarle; lo podréis comprender.

—Pero ¿se parece á su fotografía, querida mía?

—Naturalmente—dijo Mme. de La Pave.

—Deba haber—repuso Mme. de Combalen—la mirada notablemente falsa, como todas las hipócritas.

—Naturalmente—repitió la joven con aire distraído.

Respiró mucho tiempo su frasco de sales, luego se levantó, y tomando el cofre de ébano bajo su brazo,

—Voy á ver si puedo dormir un poco—dijo;—tengo la cabeza hecha un volcán.

Y abandonó el salon con aquella gracia flexible y digna que la caracterizaba, el cabello un poco levantado y la cabeza ligeramente echada hácia atrás.

La señora de Combalen no supo qué hacer en aquel momento.

V.

Sin embargo, habían transcurrido tres ó cuatro días. Mauricio sentía que no podía diferir más su segunda visita á la viuda de Roberto. Pero mientras más pensaba en ella, con más amargura deploraba no haber podido dar cabo á su desgraciada comisión, y más difícil le parecía volverla á emprender, temeroso de un nuevo fracaso.

En medio de sus perplejidades, le vino la idea bisonjera de que tal vez podría descargar en otra persona el cuidado de terminar un mensaje hácia madame de La Pave.

Esta otra persona era el cura de la parroquia, el

abad Desmortreux, á quien su madre habia escogido como consultor. Era ademas el director espiritual de madame de La Pavé, y, con este título, ¿no parecia especialmente calificado para dar á conocer á su penitente, con toda la discreción y la autoridad necesarias, las últimas voluntades de su marido? ¿Hasta

cierto punto no entraba esto en sus funciones, y en su deber perfeccionarlas? Durante sus anteriores residencias en casa de su madre, Mauricio habia encontrado más de una vez al abad Desmortreux; era un sacerdote distinguido, pero sin ambicion; habia envejecido por gusto en un presbiterio de aldea, donde



Pobre amigo, pobre muchacha!

se ocupaba de las antigüedades locales, siendo corresponsal de las sociedades sabias de la region, cultivando las relaciones de la vecindad, cuidando sus espalderas, y pescando con caña en un pequeño riachuelo que bañaba su jardín.

El comandante de Fremuse pasó, pues, una mañana á casa de este amable filósofo clerical, y, después de haberle suplicado que considerase su confianza como un secreto de confesion, le dió parte del testamento verbal de Roberto de La Pavé, y le preguntó si no tendria él la extremosa obligacion de trasmitir sus términos á su viuda.

—Nadie—añadia Mauricio—era el más indicado que él para hacer á su penitente recomendaciones de naturaleza tan íntima y delicada, que tanto se acercaban á la conciencia: ellos perderian; al pasar por la boca de un anciano, de un sacerdote, de un confesor, lo que tenían de delicadas y casi ofensivas en la boca de otra persona.

El abad Desmortreux, cuya frente diáfana y risueña se habia entristecido poco á poco durante este discurso, meditó largo tiempo bajo sus cabellos blancos ántes de responder:

—Mi querido señor—dijo al fin;—hé aquí una

mada comision, muy mala, y que sería capaz de indisponerme con mi penitente, si yo tuviese la imprudencia de encargarme de ella..... Comprendo que existe algo de egoismo por mi parte en lo que manifiesto..... Soy viejo..... tengo en mucho mi reposo..... deseo conservar agradables relaciones con mis vecinos

de campo..... ¿sea l..... Pero, ademas, tened la persuasion de que, como sacerdote y como confesor, soy precisamente el hombre peor escogido para desempeñar cumplidamente vuestra comision.

— ¿Por qué, mi querido amigo?

— Justamente porque soy el director de la con-



Pescando con caña en un pequeño riachuelo.

ciencia de Mme. de La Pave, y porque la primera cosa que me pediría, si yo le llevaba vuestro encargo, sería que la dijese hasta que punto empeña su conciencia. Ahora bien, si yo no sé nada, no quiero pronunciar mi fallo sobre el particular. Bajo el punto de vista religioso, me es enteramente imposible decidir hasta qué punto una mujer, una jóven está obligada á obedecer las voluntades testamentarias de un marido que la ha prescrito al morir no volverse á casar..... Esto es superior á mi competencia..... Quiero, pues, ignorar que existe este caso de conciencia para

madame de La Pave..... Si alguna vez me lo confía, será entónces tiempo de pensar en ello..... pero yo no quiero ir delante de semejante embarazo..... y os suplico educadamente, mi querido señor, no dejéis sospechar siquiera á Mme. de La Pave que yo poseo este secreto..... pues comprenderéis bien que el que comparta este secreto con Mme. de La Pave no podrá ser para ella más que un enemigo..... ó un cómplice.

— La alternativa es dura, señor cura — dijo secamente Mauricio, que se levantó.

— Es muy cierto, hijo mio — dijo el viejo sacer-

dote con gravedad.—¡Enemigo.... ó cómplice! Yo lo repito.

Como acompañaba á Mauricio por en medio del jardín, se distuvo de pronto llevándose la mano á la frente:

—¡Dios mío! —exclamó— existe un medio que os sacará del conflicto, ¡al ménos por hoy, y puede ser que para siempre!

—¡Ah, señor cura! ¡ Vos me devolveis la vida!

—Vamos, mi querido señor.... ¿Habeis oído decir que Mme. de La Pave haya manifestado hasta ahora la menor intencion de volverse á casar?

—No, ¡ á Dios gracias!

—¡Pues bien! ¿Por qué no dejar que ella manifieste tal situacion ántes de transmitirle los deseos de su marido á este respecto? ¿No es una especie de injuria gratuita ahora prohibirle una cosa en la cual no piensa, ni en la cual pensará jamás? ¿Qué ha querido M. de La Pave? ¿Qué su mujer no vuelva á casarse? ¡Pues bien! Si ella debe conformarse espontáneamente á su voluntad, se inútil, y más que inútil, significársela.

—¡Á fe mial señor cura— dijo Mauricio— se me figura que tenéis razón.... Sin embargo, yo soy un soldado, y la táctica me enfurece un poco. Pero, en fin, yo os doy gracias, y voy á reflexionar sobre el asunto.

Cuando se tiene un deber penoso que cumplir, es ya un grande alivio tener tiempo de que disponer, y poder escoger el momento que mejor convenga. El comandante Fremuse, al salir de su conferencia con el abad Desgortreux, experimentó este alivio: sin tomar todavía ninguna resolucion definitiva, no se creía, por lo ménos, en la misma obligacion imperiosa de precipitar los asuntos, y mostrarse seguidamente ante esta jóven bajo la forma de un mensajero sombrío y amenazante. Podía esperar á conocerla mejor; á que la creciente intimidad, y cada vez más confiada, proporcionase naturalmente el momento y la ocasion de las explicaciones difíciles. Lo importante era ganar esta confianza amistosa que se necesitaba, y Mauricio se encontraba dispuesto á ello. Verdaderamente había llevado á casa de Mme. de La Pave preveniciones poco simpáticas: pero es muy difícil conservar una antipatia preconcebida contra una mujer bonita que se os presenta por la primera vez con los ojos inundados de lágrimas.

Volvió el mismo día al castillo. Madame de La Pave estaba sola en él, pues Mme. de Combaleu había salido para pasar algunos días en Paris al lado de su hijo. La jóven viuda, bien que hubiese, desde su primera entrevista, mirado y observado á M. de Fremuse mucho más de lo que dijo á su tía, no le desagradó volverle á ver; pues si no le amaba, tampoco le era indiferente, y teniendo en cuenta el penoso aislamiento en que vivía, su presencia le causaba una emocion que, sin ser precisamente agradable, era mejor que la soledad. Le habría sido muy fácil encontrar en este adversario, en este rival, en este enemigo un individuo vulgar, un soldado impolitico y grosero. Habría tenido un placer en tratarle como á tal. Desgraciadamente, además de las facciones deli-

cadas y severas del jóven oficial, además de su frente diáfana y luminosa, en sus ojos de un azul sombrío, en sus maneras, en su lenguaje, se veía obligada á reconocer todos los signos de una distincion superior, y lo reconocía, bien á pesar suyo. Era verdaderamente triste verse desconocida y despreciada por un hombre de no aspecto á la vez atractivo é imponente, de unas formas tan graves, y de una sonrisa tan dulce. Sin embargo, en el curso de su conversacion que se refirió, tan pronto acerca del recuerdo de Roberto, tan pronto sobre acciones de guerra ó de accidentes del cautiverio en Alemania, pareció á Mme. de La Pave que este feroz enemigo le hablaba en un tono respetuoso y tierno, y con una confianza fraternal, como si la aproximacion le hubiera dado motivo á reconvenirse de sus injustas preveniciones contra ella. Eso le pareció curioso é interesante; era un pequeño triunfo entorpecido personal que la llenaba, y que deseó proseguir. Por eso rogó sinceramente á Mauricio, en el momento en que se despedía de ella, que viniese á verla á menudo durante el tiempo de su residencia en casa de su madre.

Nada mejor habría podido armonizar con los propósitos del jóven comandante. Repitió las visitas al extremo que llegaron á ser completamente familiares; ora iba solo á casa de Mme. de La Pave; ora acompañado de su madre. En una palabra, sus relaciones con la viuda de Roberto comenzaban á tomar un carácter de una verdadera intimidad. Unos doce días despues, Mme. de Combaleu juzgó conveniente dejar á Paris y volver á casa de su sobrina, despues de haber pasado veinticuatro horas en Alençon en casa de algunos amigos. En la primera visita que Mauricio hizo en el castillo despues de su vuelta, tuvo el cuidado de hallarse presente, y entonces también tuvo la ocasion de verle por vez primera. Pudo, por lo tanto, entender, no sin asajo, que Mauricio era una persona tan seductora como podía serlo un hombre; además, que existía entre su sobrina y el comandante un aire de antiguo conocimiento y de buena inteligencia que Mme. de Combaleu estaba muy lejos de esperar. Atendida con este doble descubrimiento, Mme. de Combaleu supo por añadidura que su sobrina había invitado á los Fremuse, á la madre y al hijo, á comer en el castillo para el siguiente día. Pasó el resto de éste y una parte de la noche en recapacitar, en meditar sobre los peligros de la situacion, y en combinar sus planes de legitima defensa. Conocía bien á su sobrina; sabía que era orgullosa y susceptible hasta el exceso, y bajo sus planes estratégicos, capaz de un extraño arranque de pasion. Por este lado resolvió atacarla.

Una media hora ántes de comer, cuando acababan de vestirse las dos y bajaron al salon, Madame de Combaleu tomó dulcemente la palabra.

—No me has dicho, niña mía, en que términos te encuentras con el comandante de Fremuse.

—Ya lo habeis visto, querida tía.

—Se diría que se habla civilizado.

—Es verdad.... —dijo Mme. de La Pave, y una ligera sonrisa irónica levantó el extremo de su boca.

—¿Te hace la córte, quizás?

—¡Oh, no! Eso sería ya demasiado, tía.... No camina tan léjos. Creo sinceramente que me aborrece ménos, y nada más.

—¿Y tú, hija mía?

—¡Oh, yo!... óbrvame.... me instruyo —dijo la jóven con un singular movimiento de párpados.— Por lo demás —añadió con tono grave— ¿por qué lo he de ocultar? Estoy verdaderamente penetrada de que se han modificado sus sentimientos respecto á mí.... De léjos me había juzgado mal.... Á medida que me ha ido conociendo, se han disipado sus prevenciones.... Las olvida, y se esfuerza en hacérmelas olvidar. Veo en sus maneras, en su acento, que deplora sus injusticias.... que me pide un lujurioso perdón de la mejor manera que puede, sin entrar en explicaciones incómodas y ofensivas.... Pues bien, os confieso, querida tía, que es un hombre á quien habíamos juzgado muy mal; que es bueno en realidad, muy bueno.... os confieso, que todo esto me agrada.... y que me causa placer.

—¡Ah! ¡Dios mío! Sobrina mía, ¿qué niña eres! —exclamó Mme. de Combaleu juntando sus manos con estrépito.

—¿Por qué, querida tía?

—Vamos á verla, querida.... Primeramente, dime con franqueza: ¿Amas al comandante? ¿Se ha interesado tu corazón?

—Supongo que os chancosé, querida tía —dijo severamente la jóven, cuyos ojos abiertos más que nunca, lanzaban centellas.

—¡Muy bien! Entonces —replicó Mme. de Combaleu— deja á tu vieja tía con su vieja experiencia, que te despoje de algunas ilusiones que pueden ser muy peligrosas.... Desgraciadamente tienes la costumbre de prestar tu delicadeza natural y la nobleza de tus sentimientos á todo el mundo, y nada es tan capaz de inducirte á profundos errores.... y exponerte á representar un papel de tonta y ridícula. Así vemos á M. de Fremouse, que siempre ha sido tu enemigo declarado.... lo sabemos por sus cartas.... lo sabemos por tu pobre marido, que te daba bromas con su amigo.... y de súbito, bruscamente, este enemigo se convierte en un sér encantador.... ¡el lobo se vuelve cordero! Según tú, ha reconocido sus errores.... se arrepiente de ellos.... canta heroicamente la palinodia.... Esto es posible, ó no lo es.... no lo puedo afirmar.... Lo que sé perfectamente es que pretendo casarme contigo, y que en toda la vecindad no se habla de otra cosa más que de nuestro casamiento.

—¿Teneis ganas de ver?

—Nada de eso, hija mía. ¡Dios mío! si esto te conviene, nada tengo que decir; tal creo.... Pero al ménos es menester que sepas lo que pasa, y que conozcas el secreto de esta repentina metamorfosis. En Aleuçon mismo, de donde acabo de llegar, no se habla más que de este enlace.... La madre de Fremouse no tiene otra idea en la cabeza desde la muerte de su pobre marido.... Ella no sabe ni áun callarse.... Habla al cura de esto, y al mundo entero. Tú sabes, por lo demás, que es avara y codiciosa. El hijo, según se dice, participa de estas inclinaciones de avaricia, y

recuerdo que tu pobre marido le reconvenia riéndose de este defecto.... de querer tanto al dinero.... y comprenderás que tus trescientos mil francos de renta debun hablarle fuertemente al corazón.... ¡Dios mío! Además de esto, es muy posible que también te ame.... por interés.... Eres demasiado bonita para esto.... pero su madre es realmente demasiado bachillera, y él demasiado precipitado.

Había, el lector lo sabe, en las insinuaciones de la señora de Combaleu, una bien pequeña parte de verdad. La calumnia, la pífida invencion, la rentiera pura dominaban en esta relacion. Acaso algunas palabras irreflexivas de la señora de Fremouse, alguna alusión escapada al cura, algunas frases de vecinas, suministraron el texto figero sobre el cual habia argumentado con tanta complacencia. De todas maneras, el dardo disparado por esta mano venenosa llegó al punto donde se dirigió la puntería; hirió al corazón de la señora de La Pave. Esta era, como la mayor parte de las mujeres, pero en un grado muy extremo, más espiritual que reflexiva, y más apasionada que juiciosa.

Recordando algunas apariencias verosímiles, acció sin vacilar toda la fábula inventada por su tía para explicar, con detrimento de Mme. de Fremouse, su conversion y sus asiduidades.

—Esto es simplemente ridiculo —dijo la viuda encogiéndose de hombros.

Pero mientras pronunciaba estas palabras con un tono de frio desden, el ardor de sus ojos, el carmin repentino, y luego la palidez redoblada de sus mejillas, el pliegue nervioso de sus labios, demostraban una borrasca colérica, difícilmente disimulada. Mientras más se habla lisonjeado su vanidad con los homenajes de Mr. de Fremouse, cuando creyó ver en ellos una especie de reparacion delicada y un triunfo personal, más se indignaba su orgullo con el pensamiento de estos homenajes y de esta reparacion, que se encaminaban á su fortuna más que á su persona. Todos sus antiguos agravios se agolparon á un tiempo en su imaginacion, y no vió al jóven comandante más que bajo una luz odiosa que se presentaba capaz y culpable de todas las falsedades y de todas la perfidias, tanto hacia ella como hacia la memoria de su marido.

Juzgó que semejante hombre y tales procedimientos merecian una severa correccion, y comenzó á meditar sobre la mejor manera de administrarla.

Monsieur de Fremouse y su madre llegaron en esto momento.

La jóven viuda los recibió con la más grande afabilidad, y la señora de Combaleu les festejó con todo su corazón. Un instante despues llegó el cura y se unió á los convidados, y todos se sentaron á la mesa.

Madame de La Pave parecia más alegre y más animada que de costumbre. Se divertia en atormentar al cura sobre sus hallazgos ó sus descubrimientos arqueológicos, cuyas buenas cualidades elogiaba riéndose.

(Se continuará.)

ADAN Y EVA.

(DIBUJO ORIGINAL DE MANUEL ALCÁZAR.)

No es la historia de la caída del primer hombre según se refiere en la Sagrada Escritura; es un episodio de la vida humana que se repite diariamente bajo formas diversas.

El dibujo de Alcázar que presentamos es una reproducción de aquél episodio en su aspecto más inofensivo; esa niña de seductora gracia ofrece con su mano derecha y con suaves palabras una sonrosada manzana á su compañero de infantiles juegos.

Adivínase este diálogo:

—Alfredito, vamos á jugar.

—Pues no quiero, Rosita.

—¡Anda, hombre!

—¡Qué no, mujer!

—Mira, te daré esta manzana que acabo de arrancar de ese árbol de una pedrada.

—¡Rosita! ¡que nos lo ha prohibido papá!

—¡Bah! ¡si nadie nos ve!

La tentación es irresistible; triunfa la Eva infantil.

PORTUGAL.

I.

Hé ahí el nombre de un rincón de Europa, un retazo de su viejo vestido, como diría el estadista Feidenu; nación de extensión limitada, pero grande por sus hechos, casi olvidada de la generalidad, desconocida de los más, pacífica, relativamente próspera, y pudiéramos añadir que feliz, como pueblo que ambiciona muy poco y que escapa de grandes necesidades.

Inglaberra, nación siempre avanza de riquezas, es el nervio del comercio universal; Francia el corazón de Europa y Alemania su esbozo; España, el suelo de los intrepidos guerreros y de los audaces conquistadores; Italia, la reina del arte; Roma, la ciudad de las tradiciones; todos estos pueblos ocupan un lugar aparte en el universal pensamiento, y cada cual se desarrolla con rasgos característicos, como si en su frente, y con líneas deslumbradoras, llevase grabado el ascenso de sus grandezas.

La raza latina, en perpétua lucha con los nuevos gérmenes que la invaden y las corrientes vivificadoras que la transforman, tiene siempre á la realización de providenciales fines, y así el mundo todo evoca el nombre de sus principales pueblos á la par que se preocupa con sus acontecimientos, y sigue con atención profunda el curso de sus evoluciones, ya sociales, ya políticas, atento siempre á retratar su carácter, y á describir su modo de ser y existir, generales y necesarios.

Mas entre tanto, ¿quién se cuida como debiera de

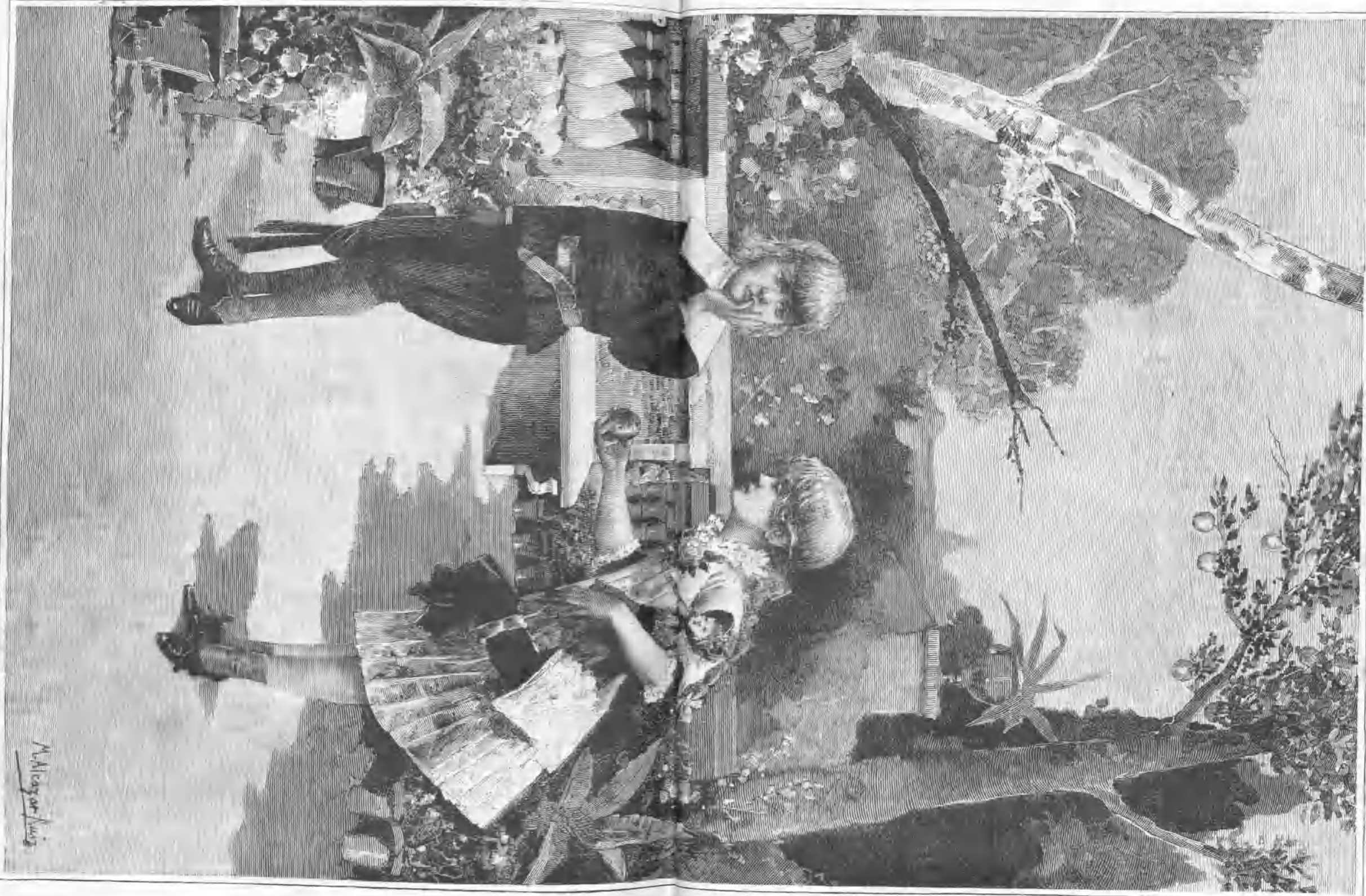
la nación portuguesa? ¿Quién vuelve los ojos á esa odalisca que baña sus pies en las suspirantes ondas de brillantes aguas, reclinada en almohada de flores sobre un lecho esmaltado de plantas semejantes á morisco chal de mil colores?

Y es, sin embargo, Portugal nación latina de las más civilizadas, cuyos tumbres le forman preciadas joyas de esclarecidos hechos. Pueblo guerrero y valeroso, vence en cien combates y eleva victorioso el lábaro santo sobre musulmanas legiones; navegante experto y atrevido, asienta su planta en regiones ignotas; sus caballeros honran con sus hazañas la historia, sus marinos con su nombre llenan los mares. Ama el arte porque su fantasía es meridional, y sin sentirlo ni quererlo es poeta, como es pensador sin pretenderlo. Es monumento de grandezas su historia, en cada una de cuyas páginas se lee el nombre de un héroe ó el de un pueblo valeroso, de una tradición bellísima ó de inolvidable acción.

Se engañan ciertamente los que á Portugal motejan de pueblo débil y atrasado. Largos años lucha con extrañas gentes sin olvidarse de sus libertades, y si un día cae bajo el dominio de extranjero yugo, bien pronto le sacude proclamando su independencia, para después consagrarse á su amor por el progreso que hoy nunca derrotera ligo en sus destinos.

Sin duda que Portugal «sigue ignorado», pero no ignorante, porque enemigo de las revoluciones que tan hondamente agitan á otros países, no produce alarmante ruido en las esferas del mundo político, ni ha menester de ciertos trastornos para conquistarse libertades y derechos que acaso practica mejor que pueblo alguno. Los que acriminan y con menosprecio censuran á la nación portuguesa, no la conocen, ignoran su historia, sus tradiciones, sus leyendas, sus hechos; desconocen su espíritu severo y recto, su carácter generoso y noble, sus virtudes cívicas, sus ideas elevándose siempre, nunca descendiendo. Más aún; si contempláran su suelo matizado de todos los colores, como la frente de sus hijos de todos los más grandes pensamientos; si admiráran la belleza de sus montañas, la majestad de sus mares, la espléndida de sus bosques; si vieran sus mujeres, las de pura raza portuguesa, bellas y graciosas, inteligentes y expansivas, no dirían que aquel país es feísimo, que sus hijos son toscos y apáticos, ni Guayal escribiera que su suelo es erial, monótono y pesado.

Pero necesario es convenir que Portugal carece de importancia porque ocupa reducidísimo espacio en el inmenso libro de la diplomacia, siendo, por consecuencia, de inferior interés relativo sus relaciones con las demás naciones, particularmente las europeas. Por otra parte la Península Ibérica está consumida y enervada, y bien podemos aseverar, sin pecar de atrevidos, que Portugal sufre las principales consecuencias de esta enervación. Y es que España y Portugal son dos pueblos hermanos, cuyas glorias y desgracias les han sido comunes durante largo tiempo. En perpétua lucha en los pasados siglos, altivos ambos y los dos valerosos, Portugal ha corrido la misma suerte de España. Roma-



na ha sido la lusitana nación cuando lo hemos sido nosotros; goza, cuando España sometida por guerreros feroces ha sido goda; árabe, cuando los sectarios del profeta profanan nuestro suelo y yerguen la media luna allí donde ondeará el estandarte de la cruz.

Así nuestras aspiraciones han sido las suyas, su genio nuestro genio, nuestra sangre la suya, porque los laureles de sus victorias están rociados con sangre leonesa y castellana. Nosotros tenemos un Pelayo, ellos un Alfonso Enriquez; el Cid es el héroe legendario de España; Viriato es el de Portugal, y si el intrépido Vasco de Gama atraviesa los mares en busca de países ignorados, Hernán-Cortés y Pizarro se lanzan á las ondas para conquistar á Europa un paraíso oculto allá en los bosques vírgenes de América. Un día nuestros guerreros fuerzan á los árabes á repasar el estrecho, y otro día guerreros lusitanos invaden el centro del África, llevando á cabo una grande epopeya. Las dos naciones ántes hermanas, y después enemigas por errores grandes y rivalidades profundas, sientan un igual pensamiento; el de llevar la civilización á las oscuras regiones de África y á las ignotas inmensidades de América. Pero ¡ay! que sin la funestísima política de Alfonso VI la unidad ibérica sería un hecho, y los dos pueblos que jamás debieron separar artificiales fronteras, formarían á la cabeza de la raza latina, repitiendo la que Cólus V, «el sol no se pone para nosotros.»

II.

La desigualdad social es un hecho irremediable, origen de graves males y manantial de discordias. Distinguidas las sociedades en clases, las unas dominadoras, siervas é inferiores las otras, el viejo mundo aun conserva restos latentes de aquel terrible dualismo que tanto debilitó y corrompió á los pueblos antiguos, que tanto perturba á los modernos, excepción de algunos que han conseguido proscribirle casi por completo. Portugal es de estos últimos; su nobleza y su aristocracia satisfechas con sus pergaminos viejos, y la otra pagada de su posición, se consideran como los más legítimos representantes de la raza lusitana, sin que sean opresores de la clase media, que á su vez se enorgullece de sus derechos de hidalguía y sus franquicias protectoras. En la vecina nación, los capitales no exorbitantes pero sí nivelados, hacen esa odiosa desigualdad que afecta permanentemente peligro y ocasiona diferencias que se traducen en odios. Aparte de los acaudalados brasileños que han fijado su residencia en Lisboa, la aristocracia del dinero brilla muy poco en Portugal, los grandes capitales son contados, no se conocen allí esas enormes improvisadas fortunas generalmente depredadoras de los capitales modestos.

El pueblo portugués es en alto grado trabajador y liberal; ni incurre en la exaltación ni desciende á la intolerancia; es religioso pero sin fanatismo, creyente sin aberración, discute con calma y obra con cordura, no le da todo á la impaciencia ni lo fia al

momento; espera porque sabe que no espera en vano. Y no se diga que nuestros vecinos son impotentes para llevar á cabo revoluciones trascendentales, ¡oh! no, que la sangre arde en sus venas, su espíritu primitivo todavía no está extinto, y la historia nos enseña que saben revolverse cual la tempestad para herir como el rayo.

Empero lo repetimos; su carácter mesurado y sensato está encerrado hasta en la manera de proceder de sus gobiernos, é incapaces de vender á la nación que en ellos deposita confianza y honra; sin trastornos ni sangre marchan por el camino del progreso y afianzan la libertad. Nosotros debemos amarles cual á hermanos, y como españoles lamentar la prevención con que nos miran á causa de nuestro natural exaltado y aventurero. Bien es cierto que los portugueses están pagados, porque gran número de españoles sostienen creencias absurdas acerca de vecinos con quienes mantienen escasas relaciones, y á los que miran con indiferencia y desden, sin duda porque á su vez ellos hablan mal de nosotros y nos consideran ingobernables y terribles, y por añadidura dispuestos siempre á amosarlos y á tiranizarlos. Pero ¿cómo destruir conceptos tan lejanos de la verdad, si los portugueses nos visitan en escaso número y rara vez vienen á estudiar nuestros costumbres? Preciso es confesar también que son contados los españoles que visitan á Portugal; sólo una docena de familias pudientes, algunos emigrados y señalado industrial; los acaudalados, los nobles, la aristocracia, las personas, en fin, de posición é influencia social, recorren la Italia, la Francia, la Suiza, pero á Portugal no van, no, á pesar de la estrechez de las distancias y la facilidad en los medios de transporte, y eso que el país vecino tiene hermosos puertos, frescas playas, magníficas posesiones de recreo, baños saludables, perspectivas encantadoras, poblaciones rebosando alegría, actividad, movimiento....

En Lisboa nada falta al capricho del más exigente potentado; podrá excelsa Madrid en brillantez y movimiento, pero no en vanidad y belleza; es seguro que quien visite una vez la capital vecina sentirá después abandonarla.

Las artes brillan en Portugal en medio de la humildad de sus mantenedores; alcanzan una altura comprendida sólo por quien, como el erudito Bossi, las contempla en su desnudez. Portugal deambularía con magníficas obras de arte si fuera pretencioso. Y es lo mismo en su literatura, émulo de la hermosa, imitador de lo sublime y de lo grande... ¡Ah! la raza latina debe estar orgullosa con ese pedazo de tierra, no hollado por infames contiendas; con ese puñado de hombres, no envilecidos por miserables pasiones.

Empero el adelanto guerra y debilita; la falta de desarrollo é importancia en las mutuas relaciones engendra la indiferencia y el desvío; el Estado más pequeño se resiente, y en vano se esfuerza por elevarse á la altura que los otros. Será feliz Portugal con su modestia, rico con su pobreza, próspero con sus progresos, grande por su historia y fuerte



LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.
(CUADRO DE D. BENITO MERCADÉ.)

con su autonomía; pero jamás obtendrá el lugar de las preferencias en el concierto europeo sin el concierto de España, que durante tantos años le diera vida al calor de su seno como cariñosa madre.

R. VEGA ARMENTERO.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

(CUADRO DE D. BENITO MERCADÉ.)

El asunto no puede ser más bello; aquella tristeza, aquel desamparo que rodea la muerte del justo, están bien comprendidas; la idea de asociar al santo dolor de las que perdían una hermana, el vivo dolor de la niña desvalida que tal había hallado en la

compasiva caridad de la difunta los cariños de una madre, es de muy buen efecto.

El fondo es bastante regular, las figuras están bien tocadas y el color es bueno.

RELAMPAGOS

OBSERVADOS EN EL BRASIL.

En una tormenta muy violenta, que tuvo por teatro la población de Vassouras, en la provincia de Rio-Janeiro, hubo ocasión de observar dos formas de relámpagos muy singulares.

Una de ellas está representada en nuestro grabado (fig. 1.^a). Es una especie de explosión que ofrece

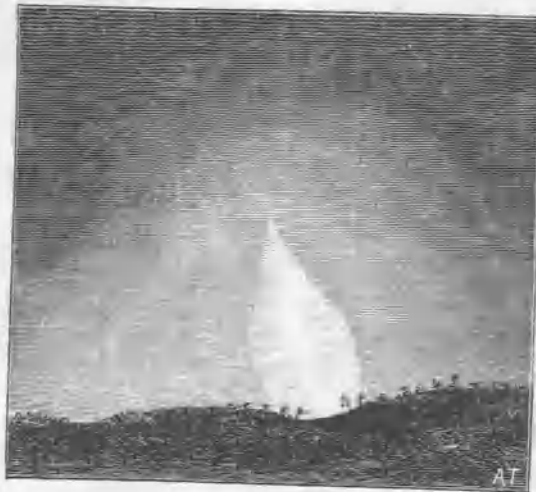


FIGURA 1.^a

Forma de relámpagos observados en el Brasil.

en sus contornos alguna analogía con la llama de una bujía.

La segunda (fig. 2.^a), representa un tronco principal, que sale de un espeso nimbus, subdividiéndose en dos ramas de las cuales la inferior no tarda en subdividirse igualmente.

EL BARBERO AMBULANTE.

El tipo popular cuya reproducción hoy publicamos, va desapareciendo de las calles de esta coronada villa, á medida que aumentan las peluquerías y barberías.

Sin embargo, todavía se suelen encontrar algunos ejemplares, que por un precio módico desuelan el pellejo de sus parroquianos.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

Este insigne personaje nació el año 1475 en Jerez de los Caballeros, de una familia pobre, pero hidalga.

En sus primeros años fué criado de D. Pedro Portocarrero, y deseoso de gloria y aventuras, se alistó en una expedición que hizo Rodrigo de Bastida á América.

Hallábase Balboa en *La Española* cuando Fernandez de Enciso fué á tomar el mando de aquella colonia en ausencia de Ojeda.

El nuevo almirante partió en breve en busca de su compañero, prohibiendo que le acompañase todo habitante de *La Española* que tuviese deudas.

Balboa estaba comprendido en esta orden, pero hizo que le embarcasen metido en una pipa.

Cuando llegaron á Urubá, despues de haber enca-

Hado la nave en un bajío, se vieron expuestos á las mayores calamidades, no siendo la menor las flechas envenenadas que les lanzaban los indios.

Nadie encontraba salida en tan apurada situación, cuando Balboa, presentándose al almirante, le dijo que en el golfo de Urabá había visitado, con Bastida, una población pequeña, cuyos habitantes no tenían la costumbre de envenenar las flechas.

Aprovechó el almirante el aviso, y siguiendo el golfo hallaron el río de Darien.

Desembarcaron, y despues de vencer á un numeroso cuerpo de indios, fundaron una población, á la que dieron el nombre de Santa María la Antigua.

Enciso carecía de prudencia y tacto para el mando, así que en poco tiempo disgustó, no sólo á los que le acompañaban, sino á los indios, alzándose una voz unánime en demanda de otro gobernador.

Entre todos los españoles descollaba Balboa por sus prendas personales, capacidad y corazon. Juan Zamudio y Francisco Valdivia á la cabeza de los doscientos españoles, quitaron el gobierno á Enciso y aclamaron á Balboa.

Tomó éste el mando, y desde luego dió á conocer cuán digno era de él, pues en todas sus disposiciones presidía la prudencia y la templanza, viéndoles coronadas con el éxito.

Habia oido á los naturales que á seis días de allí se descubría un mar inmenso hácia el Sur, pero que no se podia llegar á él sin llevar un ejército para vencer á los poderosos caciques que impedían el paso.

Á pesar de esto, reunió ciento noventa españoles, entre los que iba el inmortal Francisco Pizarro, mil indios de carga y algunos perros de pelea, hacién-

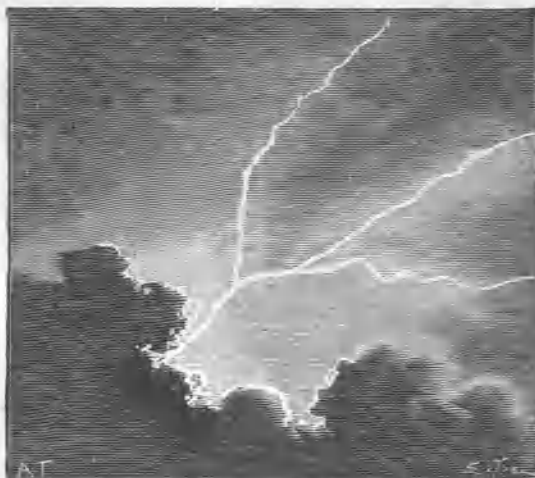


FIGURA 2.^a

Forma de relámpagos observados en el Brasil.

dose á la vela en un bergantín y diez canoas el día 1.º de Setiembre de 1513.

Desembarcó en Coiba, en cuyo punto dejó alguna gente para guardar las naves, emprendió la marcha por bosques nunca transitados, trepando por montañas escabrosas, atravesando pontones y salvando torrentes que espantaban á los mismos indios.

Los primeros caciques que encontraron huían aterrados; pero Balboa procuraba detenerlos, y se aprovechó de sus avisos para continuar la marcha.

Hasta allí las armas sólo habían servido de estorbo á los soldados, pero ya cerca de los Andes, un aguerrido cacique les salió al encuentro resuelto á no dejarlos pasar. Balboa, que había dejado muchos enfermos en el camino, tenía sólo sesenta y seis españoles, y con ellos se dispuso á luchar. Los indios se lanzaron á ellos con sus mazas, ballestas y lanzas. Los españoles esperaron á que se aproximasen á distancia conveniente, y disparando á un tiempo

sus mosquetes, soltaron los perros que llevaban y se lanzaron sobre el escuadrón más inmediato, que huyó espantado.

El cacique y treiscientos indios quedaron tendidos en el campo en ménos de una hora de combate.

El día 26 de Setiembre comenzaron á subir una áspera montaña; al llegar á cierta altura indicaron los guías que desde la altura que tenían delante se divisaba el mar deseado.

Balboa subió el primero; tendió la vista hácia el Sur y cayó de rodillas al descubrir el *Pacífico*. Acudieron presurosos todos los españoles, y ante tan hermosa perspectiva entonaron fervorosamente el *Te Deum laudamus*, enarbolando despues una cruz, y grabando en las cortezas de los árboles los nombres de los reyes de España.

Descendieron á la playa, y cogiendo Balboa una bandera en la mano izquierda, y teniendo en la otra empuñada la espada, se metió en las olas hasta la



EL PAISERO AMBULANTE.

Mico

rodilla y tomó posesión de aquel mar en nombre de España.

Este insigne descubrimiento hace de Balboa uno de los hombres más célebres del Nuevo Mundo, pero no le puso á cubierto de la desgracia y el infortunio. El emperador Carlos V nombró á Pedrarias Dávila

el gobernador del Darien, y habiendo llegado allá á tiempo que ya Balboa habia regresado de su expedicion, le mandó procesar y confiscó sus bienes; pero condolido el monarca le nombró Adelantado de las provincias de Caiba y Panamá.

Pedrarias, á instancias de algunos amigos de am-



VASCO NÚÑEZ DE BALBOA.

bos, le habia dado una hija suya por mujer: pero á pesar de eso, el oneceno del nuevo gobernador era cada vez más grande, hasta que rompiendo por todo, mandó procesar de nuevo á su enemigo y sentenciado á la última pena, sufrió la muerte cuatro años despues de su célebre descubrimiento.

EL SEPULCRO DE LOS ESCIPIONES.

No léjos de Tarragona, á poco más de una legua de distancia, levanta su tosciza mole un monumento aislado.

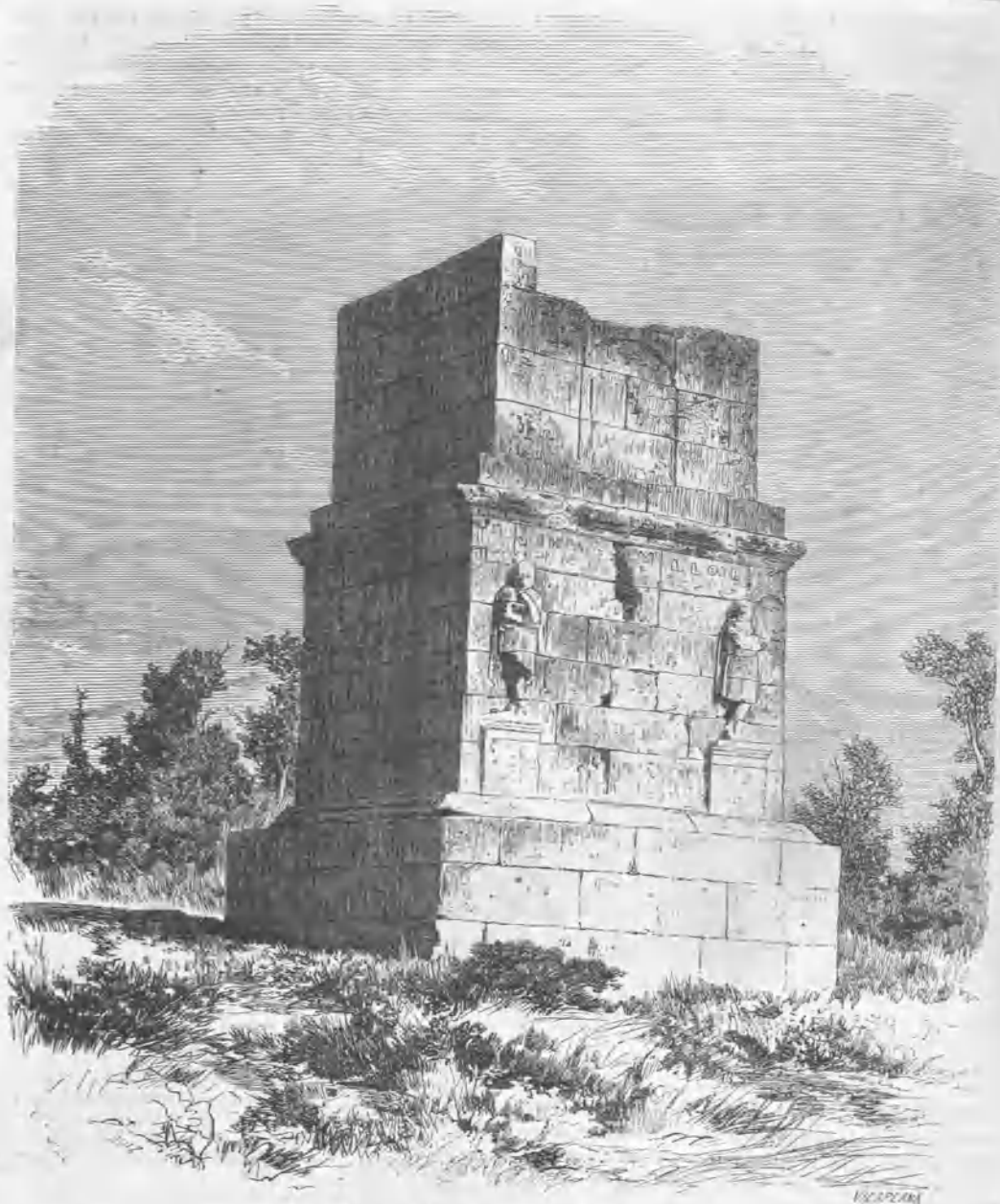
El monumento en cuestion pertenece á la época de la invasion romana.

De cuadrada forma, levanta sobre un zócalo tam-

bien cuadrado, sus dos cuerpos arquitectónicos formados de grandes sillares sin ningún adorno. El gran deterioro en que su parte superior se encuentra, no deja presentir como terminaria el monumento.

En el lado que mira al mar, primer cuerpo sobre el zócalo, á ambos extremos, dos figuras en relieve.

Dícese que entre ambas figuras habia una lápida de mármol, la cual quitó de aquel sitio el cardinal Cisneros. Si algun dia llegase á parecer, gran fortuna sería para la ciencia arqueológica; pues por ahora ningún indicio nos enseña este monumento á qué ilustres personas se dedica, pero al mismo tiempo, tampoco puede oponérsele circunstancia alguna determinada que destruya la tradicion que da el nombre de *Sepulcro de los Escipiones* al monumento de que nos ocupamos.



EL SEPULCRO DE LOS ESCIPIONES.

SUMARIO.

GRABADOS.—Adán y Eva.—Las hermanas de la Caridad (cuadro de Mercadé).—Formas de relámpagos observados en el Brasil (dos dibujos).—El barbero ambulante.—Vasco Nuñez de Balboa.—El sepulcro de los escipiones.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Evangelina, por Longfellow.—El Arcidispacho de Fuego

por Julio Verne.—Aventuras de un ballón de París en Océania por Rousseaud.—La Vinla, por Octavio Feuillet.—Adán y Eva.

—Portugal, por B. Vega Armentero.—Las hermanas de la Caridad.—Relámpagos observados en el Brasil.—El barbero ambulante.—Vasco Nuñez de Balboa.—El sepulcro de los escipiones.

MADRID, 1882.—Est. Tip. c Sucesores de Rivadeneyra.
IMPRESORES DE LA REAL CASA.